

Tratado del Reino de los amadores de Dios

Juan Ruysbroeck

[Ir al índice](#)

INDICE

Datos edición

Datos digitalización

Prefacio de la traducción francesa

El reino (o reinado) de los amadores de Dios

Argumentos de las cosas que se tratan en este libro.

CAPITULO I

Cómo el nombre de Señor conviene justamente a Dios, y de la creación de todas las cosas.

CAPITULO II

Que Cristo nos ha conducido a la beatitud, y de los siete sacramentos.

CAPITULO III

Qué es lo que hace justo al hombre, tanto en la vida activa como en la vida contemplativa.

CAPITULO IV

Cuáles son las vías hacia el Reino de Dios, y primeramente la vía sensible.

CAPITULO V

De la vía de la luz natural.

CAPITULO VI

De la vía sobrenatural y divina.

CAPITULO VII

De las seis categorías de hombres que no se aplican a recibir los dones del Espíritu Santo y especialmente de la primera.

CAPITULO VIII

De la segunda especie de hombres malos.

CAPITULO IX

De la tercera especie de hombres malos.

CAPITULO X

De la cuarta especie de hombres malos.

CAPITULO XI

De la quinta especie de hombres malos.

CAPITULO XII

De la sexta especie de hombres malos.

CAPITULO XIII

De las tres virtudes teologales

CAPITULO XIV

Del don del temor de Dios y de algunas virtudes que de él provienen.

CAPITULO XV

Del don de piedad y de las virtudes que de él dimanar.

CAPITULO XVI

Que la piedad puede ser comparada justamente al río del Paraíso.

CAPITULO XVII

Cómo puede poseerse plenamente la piedad y cuáles son sus impedimentos y sus motivos de exclusión.

CAPITULO XVIII

Del don de Ciencia y del verdadero discernimiento.

CAPITULO XIX

Lo que hay que hacer para poseer el don de Ciencia; de sus impedimentos y de las causas de su ruina.

CAPITULO XX

Del don de Fortaleza, y de las virtudes que de él dimanar.

CAPITULO XXI

Cómo puede obtenerse en grado eminente el don de Fortaleza; lo que lo impide, lo que lo aleja.

CAPITULO XXII

De algunas elevadas virtudes y obras más espirituales que proceden del don de Fortaleza.

CAPITULO XXIII

Que la voluntad libre se asemeja de cuatro maneras al fuego.

CAPITULO XXIV

Por qué medios se obtiene esa Fortaleza; qué es lo que la impide, y qué es lo que la destruye enteramente.

CAPITULO XXV

Del don de Consejo.

CAPITULO XXVI

Que los que poseen en tal grado el don de consejo se asemejan a Cristo según su humanidad. De tres clases de hombres que tienen cierta semejanza con la Santísima Trinidad y la humanidad de Cristo.

CAPITULO XXVII

Comparación mística de las siete estrellas al alma.

CAPITULO XXVIII

Cómo debe comportarse el que quiere gozar excelsamente del don de consejo: cuáles son los cuatro impedimentos para ello y las cuatro causas exterminantes.

CAPITULO XXIX

De un grado más sublime del don de Consejo, y de sus maravillosos efectos.

CAPITULO XXX

Para que ese grado del don de Consejo sea poseído en una suprema perfección; cuatro impedimentos y cuatro modos de destrucción.

CAPITULO XXXI

Del don de Inteligencia.

CAPITULO XXXII

Cómo ha de ser el que está adornado con el don de Inteligencia; de los cuatro impedimentos de ese don y de otros tantos medios de exclusión.

CAPITULO XXXIII

Del don de Sabiduría.

CAPITULO XXXIV

Que la razón iluminada contempla a Dios en las imágenes intelectuales y en los divinos efectos (manifestaciones).

CAPITULO XXXV

Algunas notas dignas de señalarse, tocantes al Espíritu Santo.

CAPITULO XXXVI

Para que el don de Sabiduría sea poseído excelentemente; cuáles son sus impedimentos y sus medios de eliminación.

CAPITULO XXXVII

Del quíntuple reino de Dios; del primer reino sensible, y de lo que ha de pasar en el juicio final.

CAPITULO XXXVIII

De cuatro cualidades de los cuerpos gloriosos.

CAPITULO XXXIX

Del reino natural.

CAPITULO XL

Del reino de la Escritura.

CAPITULO XLI

Del reino de la gracia y de la gloria.

CAPITULO XLII

Del séxtuple fruto de gracia y de gloria, de los que tres pertenecen a la vida activa y tres a la vida afectiva.

CAPITULO XLIII

Del reino de la divinidad, por encima de la luz de la gracia y de la gloria; y del triple fruto de la vida contemplativa superesencial.



EDICIONES DEL PEREGRINO

MAESTROS DEL ESPÍRITU

Colección dirigida por Emilio Szuhanszky

Traducción literal del texto flamenco-latino al francés por R. Chamonal.

Versión castellana: Raúl A. Rivero Olazábal

© 1946 by Grupo de Editoriales Católicas

© 1983 by Ediciones del Peregrino Av. N. S. del Rosario 162 bis 2000 Rosario - República Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11. 723

ISBN-950-9111-07-4

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

DIGITALIZACIÓN (*)

Escaneo: **Cixtus**

OCR y corrección: **Pancho Drake**

Buenos Aires, primavera de 2002

Copia para uso personal.

Prohibida su distribución con fines comerciales.

(*) La digitalización cumple con las pautas de verificación 'Cixtus' [C12345]:

[1] Control de paginación.

[2] Control de sectores a leer.

[3] Control de las dudas o errores marcados por el OCR en su segunda pasada.

[4] Control de ortografía automático en Word.

[5] Control de coherencia e integridad, realizado a partir de la lectura directa de todo el texto.

Todo lo cual garantiza la fidelidad respecto del original.

PREFACIO DE LA TRADUCCIÓN FRANCESA

*Justum deduxit Dominus per vias rectas
et ostendit illi regnum Dei. (Sap., X, 10.)*

Un sublime comentario de estas palabras sagradas es lo que J. Ruysbroeck, el divino contemplador, nos da en su libro místico del Reino de los amadores de Dios: El Señor condujo al justo por el camino recto, y le mostró el reino de Dios. Este reino está dentro de nosotros, y doquiera la mano creadora y rectora de Dios se hace sentir con su providencia, su misericordia o su justicia: Regnum Dei intra vos est. Se halla en todo hombre de buena voluntad que se somete al suave yugo de Dios y se presta a su propia santificación por la gracia, en plena colaboración con el mismo Dios, pues Dios reina verdaderamente en él, y en el don mutuo que se hacen de sí mismos el dominio del hombre se convierte en el de Dios y el reino de Dios en el del hombre. Si, la realeza de Dios se ejerce sobre todo hombre que le sirve con el celo que ha de mostrar toda criatura inteligente para con su creador todopoderoso; y esta realeza tiende a divinizar al hombre, separándolo de todo cuanto no es Dios para acercarlo a Dios mismo. Dioses sois —Vos dii estis. Ahora bien, para lograr ese fin es menester no oponerse a la acción de Dios, que se ejerce por la gracia, sino colaborar con Dios en nuestra propia santificación, porque Dios no quiere salvarnos sin nosotros, es decir, sin que nuestra voluntad libre nos dirija hacia él y nos adhiera a él con exclusión de todo cuanto no es él; porque es un Dios celoso de su gloria. Sublarse contra Dios, luchar contra el Todopoderoso, querer impedir que llegue su reino, es estrellarse uno mismo y entregarse encadenado a Satanás, el eterno enemigo de Dios, para sufrir como él el castigo supremo.

Pues siempre es Dios quien triunfa: cuando no es su amor, es su justicia. ¡Guay de los individuos y de las sociedades que quieren sustraerse al dominio benéfico de Dios! Ya aprenderán a conocer su omnipotencia.

¿Cómo reina Dios? ¿Cómo se establece su realeza en nosotros y sobre todas las cosas? Descubriéndonos los horizontes infinitos del cielo y los caminos por los cuales podemos subir hasta él: vías rectas, los caminos rectos y no tortuosos, los caminos de la razón iluminada por Dios, de la justicia, de la equidad: la observación de los preceptos trazados por él, de los preceptos que siguió su Hijo muy amado y que nos ha dado para que nos sirvan de guía. No hay que deformar esos preceptos; no hay que desviarse de ese camino. Todas nuestras facultades son resortes del alma que debemos mover en el sentido de la equidad natural, de la justicia y de la verdad divina, sin dejarnos turbar por las sugerencias del espíritu del mal, que multiplica a nuestro paso las trabas para hacernos caer en el abismo y recoger él los beneficios de nuestra caída, que son para nosotros, ya desde aquí abajo, la vergüenza, los remordimientos, el dolor, en espera del castigo eterno, si no queremos levantarnos con la ayuda de Dios, que nunca nos falta con tal que se la pidamos y que correspondamos a la gracia.

Ahora bien, el camino recto es duro, pedregoso, sembrado de obstáculos. Se tropieza allí a cada paso, se cae cubierto de heridas, se desgarran a veces el vestido de inocencia, se magulla la carne fatigada y sangrante, se muere a sí mismo y al mundo. Pero con tal que uno se levante sin quejarse, con tal que cure sus heridas en las ondas regeneradoras de los sacramentos, de la oración y de la gracia, todas esas llagas sangrientas se cierran, todas esas heridas se cicatrizan y se hacen luminosas; nuestras fuerzas se reaniman, encontramos una nueva juventud, aspiramos con delicia un aire más puro y hasta los sufrimientos de esa vía dolorosa se convierten en gozos; y exclamamos entonces con los santos: ¡Siempre sufrir, no morir nunca! Potius pati quam mori.

Pero al término de esta vía sangrienta, de esta subida del calvario, hállase el triunfo; y en la misma muerte, la vida gloriosa. ¿Ubi est mors victoria tua? Muerte, ¿dónde está tu victoria? ¡Más sufrimiento entonces, más dolor! La muerte, vencida, cede su cetro; el alma, sacudiendo el polvo de la tierra, se transfigura en la claridad de Dios, no la del Tabor, que no era más que un pálido destello de la gloria divina, sino en todo el esplendor de la divinidad, en cuanto la naturaleza, siempre creada y limitada, aunque glorificada y espléndidamente dotada, puede soportar, reflejando sin quebrarse, como espejo purísimo, la luz increada, en medio de la corte del eterno Rey de los siglos, en indecibles delicias.

Tal es la meta a donde lleva el camino recto, que es el camino doloroso trazado por el mismo Cristo cuando vino a morar con los hijos de los hombres y a seguir el primero ese camino real hasta su fin. ¿Acaso el discípulo es superior al maestro? Si quieres, pues, ser perfecto, toma tu cruz y síguelo. Si vis esse perfectus, tolle crucem tuam et sequere me. Y es así como Dios reina sobre nosotros y nosotros reinamos por él sobre todas las criaturas que, lejos de sujetarnos, se sujetan ellas a nuestro dominio que es el de Dios, pues que él mismo nos comunica su poder por su gracia, para que, elevándonos por encima de las cosas que pasan, vayamos al encuentro de nuestro Padre que está en los cielos y cuyo nombre hemos glorificado sobre la tierra.

Ahora bien, el camino recto no es el del mundo que conduce a los honores, a los placeres por medio de la fortuna; ese mundo en el que se suprime toda sujeción impuesta por la ley divina para gustar las satisfacciones de la carne. No, el camino de los amadores del mundo no es el de Dios, pues se aleja de él. Cuanto más se avanza en esta vía de perdición, más se aparta uno del verdadero fin. Pero este camino es hermoso, ancho, espacioso, sombreado; en él se huye del sufrimiento, que os aguarda más punzante aún; se sumerge uno en falsas delicias, que engendran el hastío; se revuelve en el vicio, que acarrea enfermedades vergonzosas; hace callarla voz del remordimiento, que le persigue lo mismo; se endurece en el crimen, que se hace partícipe de su propio ser; muere casi siempre impenitente, pues el árbol cae hacia donde se inclina; y acaba en el castigo eterno, reservado a todos los que no han querido someterse a Dios, formar parte de su dominio de gracia y de gloria, participar de su realeza y divinizarse a sí mismos.

¿Pero qué es, de suyo, la realeza de Dios? y ¿cuál es la vida que se lleva en ese reino?

El reino de Dios es su reinado, es la vida de Dios mismo, que se da a los que le aman: in ipso vivimus, movemur et sumus. Es la voluntad de Dios siempre obedecida, es Dios siempre adorado y glorificado en todas las cosas. Es la paz del cielo extendiéndose en la tierra sobre los hombres de buena voluntad, según la palabra de los ángeles: Pax hominibus bonae voluntatis. Es, desde aquí abajo, un pregusto de los gozos paradisíacos, la posesión de Dios mismo por los que buscan su gloria: Quae sursum sunt. Han encontrado al verdadero médico de las almas, que pone bálsamo a todos los dolores. Han conquistado la victoria suprema, que consiste en vencerse a sí mismo para darse a Dios en los éxtasis del amor.

R. CHAMONAL

EL REINO (O REINADO) DE LOS AMADORES DE DIOS

Argumentos de las cosas que se tratan en este libro.

El Señor condujo al justo por los caminos rectos y le mostró el reino de Dios: Justum deduxit Dominus per vias rectas et ostendit illi regnum Dei. Con estas palabras el Sabio nos enseña cinco cosas: Primero, al decir "el Señor" nos muestra el poder de este mismo Señor, que se extiende sobre toda criatura. En segundo lugar, cuando dice "condujo", es decir, hizo volver, indica la caída del hombre, su error y su aberración, como así mismo la condolencia de Dios, su conmiseración y su misericordia cuando hizo volver al hombre de la caída del pecado original, del error a la verdad y de la muerte a la vida. En tercer lugar, cuando dice "el Justo", nos muestra el amor, la piedad y la clemencia de Dios, que, para hacernos justos, sufrió voluntariamente la muerte, en un acto de caridad y de verdadero deseo. En cuarto lugar, cuando agrega "por los caminos rectos", nos muestra la inmensa sabiduría y la liberalidad que Dios manifiesta por la multitud de sus dones, para arrastrar al hombre a las virtudes, que son los caminos rectos. En quinto lugar, en fin, cuando agrega: "y le mostró el reino de Dios", nos designa el fruto, la utilidad y la causa de todas las buenas obras de Dios, para que el hombre contemple el reino de Dios, es decir, Dios mismo, y lo goce dichosamente por toda la eternidad.

CAPITULO I

Cómo el nombre de Señor conviene justamente a Dios, y de la creación de todas las cosas.

Ahora bien, para comenzar, ante todo, a hablar del "Señor", Dios es justamente llamado así, porque es el comienzo, el origen, la vida y el conservador de todas las criaturas. Cuatro cosas convienen al Señor, a saber: el Poder, la Sabiduría, la Liberalidad o la Piedad y la Justicia. Dios es el poder, al que ceden todas las cosas; es la sabiduría infinita, a la que todo se manifiesta en su evidencia y al descubierto; es la piedad o liberalidad, que todo lo da; es, en fin, la justicia, que atribuye las recompensas y venga todas las cosas. Ahora bien, para manifestar su poder, su sabiduría, su bondad, hizo el cielo y la tierra; embelleció el cielo con él mismo y con los espíritus angélicos; y adornó la tierra con el hombre y la múltiple variedad de las criaturas. Es por esto que al crear mostró su poder; al disponer y ordenar (mostró) su sabiduría; al prodigarse en la multitud de sus dones y de sus beneficios (mostró) su bondad y su liberalidad. Creó la naturaleza angélica, es decir, esos espíritus elevados e intelectuales, a fin de conferirles la gracia y la facultad de conducirse con él con humildad, con reverencia, con alabanza, con amor y, en fin, con una digna veneración, para que, por ese medio, esa misma facultad (intelectual) poseyera el reino de la eterna inmutabilidad; la inteligencia fuera ilustrada y transformada por la inmensa sabiduría; el amor fuera inagotable y penetrara la voluntad que se dirige espontáneamente hacia Dios; y en fin, para que todas las facultades se vieran sumergidas y abismadas en el eterno e infinito gozo. Y todos aquellos que tendieron hacia Dios, gozan de la eterna beatitud, pues, en verdad, todas las fuerzas convergen hacia la luz de gloria, tienen su goce en la unidad de la divinidad y reciben la claridad esencial. Pero los que se apartaron, vueltos hacia ellos mismos con la complacencia de su nobleza original y natural, esos son desdichados, pues su facultad es tan incapaz e impotente, desprovista de todo medio y de tal modo destituida de toda gracia, que no pueden nunca dirigirse hacia Dios. Su inteligencia está oscurecida por las tinieblas del vicio, que apartan de ella la divina claridad; y finalmente, su voluntad está llena de las amarguras y de las penas de la eterna condenación. Fueron todos precipitados del pináculo de la gloria al fondo de los abismos: son los enemigos de Dios, de los ángeles y de los santos.

Ahora bien; Dios creó la naturaleza humana y la adornó con la gracia a fin de que, por la humildad, la obediencia, la servidumbre (voluntaria), la alabanza, el amor, la veneración, mereciera ocupar el lugar que los malos espíritus perdieron por los vicios contrarios. Explícate así por qué Dios es llamado Señor. Hemos dicho que su poder aparecía en que hizo todas las cosas de la nada; su sabiduría, en que ordenó todas las cosas, en el cielo y en la tierra; su bondad y su liberalidad, en que adornó el cielo, la tierra, los ángeles y los hombres con toda clase de dones; su justicia, en fin, en que, habiéndose dado él mismo a los buenos por recompensa, a fin de que gocen de él en la eternidad del gozo, ha reservado para los malos tormentos que no tendrán fin.

CAPITULO II

Que Cristo nos ha conducido a la beatitud, y de los siete sacramentos

En segundo lugar, cuando dice (del Señor) que condujo (por hizo volver)... Nadie tiene, en efecto, necesidad de que lo hagan volver ni suele hacerlo, sino el que se ha extraviado. Pero la humana naturaleza ha sido degradada por la falta de nuestros primeros padres; y la que al principio era libre se hizo prisionera, esclava, sujeta al error y al destierro, para todos los que nacen en ella; pues todos son hijos de la desobediencia. Pero Cristo, tomando nuestra naturaleza, hizo volver al hombre. Pues vivió en esta (naturaleza) humilde, obediente, sometido a Dios Padre y a los hombres, a los que igualmente se mostró fiel por su enseñanza, sus ejemplos y su benignidad. Además, se entregó apasionadamente a los actos de caridad, sufrió pacientísimamente y sin quejarse, murió por amor, pagó muy equitativamente nuestra deuda y así liberó, en fin, nuestra naturaleza. Esta naturaleza es, pues, devuelta a la libertad; y todos los que renacen en Cristo son libres.

El que quiere renacer en Cristo y ser dotado de la libertad, debe creer y recibir el sacramento del Bautismo, que es el signo de la purificación espiritual y el revestimiento de una vida nueva, en la unión cristiana. Es menester también que renuncie al demonio y a su servicio y que tenga fe en Cristo; y así le será devuelto el vestido de inocencia; es decir, que su alma será revestida con la muerte y los méritos de Cristo. Y debe prometer que ha de llevar este vestido de inocencia, exento de las manchas del vicio, ante el tribunal de Cristo. Fluyen de ahí cuatro cosas: la primera, que ha sido librado de la pena eterna. La segunda, que se hace digno de los gozos eternos. La tercera, que la gracia divina le ha sido acordada; y que, sostenido por ella, puede marchar a toda hora hacia nuevas virtudes. La cuarta, que ha sido hecho participante de todos los bienes habidos o por haber. Y para que pueda responder mejor a esta promesa y aumentar en sí la gracia de Dios, recibirá otro sacramento que se llama Confirmación; deseará llevar la cruz de su Señor, y esto contra su propia carne, contra el mundo y contra Satanás. Para ello tres cosas le son acordadas. Primeramente, la gracia es aumentada en él. En segundo lugar, el antiguo enemigo es abatido y debilitado; teme más al hombre y recela de él. En tercer lugar, el hombre es afirmado en todas las virtudes. Por esta razón, en efecto, renace en el bautismo, es ataviado en él (con el vestido de inocencia) y es fortalecido en la confirmación. Pero ocurre a menudo que por el orgullo del alma y su codicia, como también por la voluptuosidad del cuerpo, cae en el pecado propio, viola su promesa, mancha su alma y desprecia la muerte y la redención de Cristo. Pero como es inestable, el Señor bondadosísimo que primeramente lo creó y luego lo rescató cuando se hubo perdido, no queriendo su condenación, dejó en tercer lugar, en la santa Iglesia católica, el sacramento de la Penitencia. Para este sacramento, cuatro cosas se requieren de parte del hombre y deben producirse bajo la inspiración de Dios. La primera es el dolor verdadero, por el cual se deplora desde el fondo del alma el haber pecado. La segunda, la firme voluntad de no pecar más. La tercera, la perfecta voluntad de satisfacer a la santa Iglesia, confesándose y haciendo penitencia según el consejo del sacerdote. La cuarta, el deseo de servir a Dios sin cesar, en una humilde sumisión, de confiar en aquel que debe otorgarle la dichosa eternidad, deplorando sus pecados con inmensa amargura. Esas cuatro cosas son necesarias: quienquiera que las tiene, recibe no sólo el perdón de los pecados, sino una gracia mayor que la que antes tenía; y se hace participante de todas las buenas obras de la Iglesia. Y, puesto que vuelve del destierro a la casa paterna, del extranjero a sus amigos y allegados, de la pobreza a la riqueza, de la muerte a la vida, y, en fin, de la pena a la alegría, Cristo, como festín, instituyó el cuarto sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, para convertirse en nuestra comida y nuestra bebida, a fin de que le estemos inseparablemente unidos. El hombre debe recibir dignamente este sacramento, con respeto y veneración. Pues recibe a su creador y al de todas las cosas. Que lo reciba con una aplicación interior y afectuosa, seguro de recibir al que murió por él, a causa de la fidelidad de su amor, y que debe darse a él en la dichosa eternidad. El quinto sacramento es el Orden, que ata y une con Dios, con una dignidad y una paz inmensa, al hombre separado y retirado de las ocupaciones y de los placeres del siglo si, empero, recibe este (sacramento) con la santidad querida. Le confiere igualmente el discernimiento de las virtudes, lo adorna y le da una cierta dignidad, una real excelencia; y el carácter de este Orden dura eternamente. El sexto sacramento es el Matrimonio, a fin de que aquellos que perseveran en el mundo vivan legítimamente, y se ligen con fe mutua, que debe ser inviolablemente observada hasta la muerte. El séptimo y último sacramento es la Extremaunción, que ha de recibirse con deseo, cuando alguno está en peligro de muerte; y esto para que los pecados mortales y veniales, en adelante olvidados, sean remitidos por este sacramento como por las oraciones de los sacerdotes y de la Iglesia. Tales son los siete sacramentos, que hacen volver al hombre de la muerte del pecado original y de sus propios pecados mortales y veniales, que lo arman contra el enemigo, que lo ordenan con respecto a Dios y lo unen con El y que le confieren, en el tiempo, una vida legítima.

Y eso toca a las cinco cosas principales (necesarias), a fin de que Dios conduzca a sí al hombre, por su muerte y los siete sacramentos.

CAPITULO III

Qué es lo que hace justo al hombre, tanto en la vida activa como en la vida contemplativa.

En tercer lugar, hay que reparar en la palabra "justo". Porque sólo el que es hecho justo, o justificado, es hecho volver, porque justificar, es decir, hacer justo, es hacer volver (a Dios). Hay cuatro cosas en virtud de las cuales cada uno puede conocer si es justo y si ha sido atraído por Cristo por medio de los sacramentos, en nombre del Espíritu Santo. La primera, si se fía en Dios en todas las cosas necesarias, sea en el tiempo, sea en la eternidad, y si le entrega fielmente todo cuanto tiene, todo cuanto es, y todo cuanto puede. En segundo lugar, si voluntaria y activamente experimenta amor y benevolencia con las necesidades tanto espirituales como temporales de los hombres. En tercer lugar, si muestra constantemente paciencia y mansedumbre en todo cuanto le sucede, venga de Dios, venga de las criaturas. En cuarto lugar, si tiene un alma recta y elevada, enteramente liberada y desembarazada de toda criatura en la constancia del amor, en la espera gozosa y segura y la esperanza cierta de la vida eterna. Estas cuatro cosas hacen al hombre justo en la vida activa. Además, hay cuatro otras que hacen al hombre justo en la vida contemplativa. La primera es la libertad de espíritu, que adhiere por amor y que se eleva con deseo y pasión hasta la unión con Dios. La segunda, la gracia de la inteligencia iluminada, que considera con admiración la opulencia de la sacrosanta Trinidad, y sin admiración la contempla con una mirada atenta, transformada por una infinita claridad, elevada en el esplendor de la unión (con Dios). La tercera, la propensión o inclinación del goce y la fusión de todas las fuerzas, que pueden alcanzar riquezas más grandes que las mismas fuerzas y que los gozos colman, penetran e inundan. La cuarta, la expansión de su ser, que se pierde en el abismo de ese objeto. Nadie, en efecto, puede marchar en ese deslumbramiento, y nos perdemos en esa eternidad, en lo cual consiste la suprema e infinita beatitud. Estas ocho particularidades hacen al hombre justo, en la vida activa y contemplativa. Y es así como el Señor hace volver al justo.

CAPITULO IV

Cuáles son las vías hacia el Reino de Dios, y primeramente la vía sensible.

Se dice en cuarto lugar: por los caminos rectos. Esto significa, lector, que el Señor conduce al justo por vías rectas. Las vías por las cuales se llega al reino de Dios son en número de tres. La primera es corporal y sensible. La segunda, puramente natural. La tercera, sobrenatural y divina. La primera, digo, es la vida exterior sensible, que comprende los cuatro elementos y los tres cielos, que el Señor ha adornado como conviene a cada uno. Y eso es el reino exterior y sensible; como un vestigio, una grosera imagen de Dios. Esas cosas han sido creadas para el uso y las necesidades del hombre; a fin de que, con la vista y admiración de esas maravillas, según ellas y con todas ellas, sea fiel a Dios, lo sirva y lo glorifique. Dios creó el último elemento, (que es) la tierra, y lo adornó para utilidad y el uso de los hombres con una gran variedad de frutos, de plantas y de árboles y con diversas especies de animales, para que sirvan al hombre y éste los domine. En segundo lugar, creó el elemento acuoso, que rodea y penetra la tierra por todas partes, y le da una cierta belleza; y lo adornó de múltiples peces y de diversos seres vivientes, para alimento del hombre; y preparó ese mismo elemento para las numerosas purificaciones, para uso del hombre. Creó también el tercer elemento del aire, que es un adorno de la tierra y del agua, pues resplandece con la luz del cielo. Sin la luz corporal, en efecto, ningún color exterior, ninguna especie puede caer bajo los sentidos o ser conocida distintamente. A este elemento, las múltiples variedades de aves agregan una gran belleza. Hizo enseguida el cuarto elemento, que es el fuego, que da a los tres elementos inferiores la fecundidad, pues sin el fuego, nada, ni en la tierra, ni en el agua, ni en el aire, puede crecer, recibir la vida ni conservarla. Esos son los cuatro elementos de los que todas las cosas terrestres han sido hechas. Además, Dios creó el cielo inferior, es decir, el firmamento, que adorna todos los elementos. Por su movimiento, en efecto, todas las criaturas inferiores se mueven, viven y crecen. Lo adornó con una multitud de astros errantes y de estrellas, que regulan la naturaleza con su claridad; lo embelleció con grandeza y magnificencia; y su parte superior está penetrada y resplandeciente por la claridad del cielo de arriba. Hizo asimismo el Cielo medio, que es traslúcido y cristalino, no que sea de cristal, sino a causa de su esplendor. Este cielo es ornato del firmamento, con el esplendor del cielo supremo, y está decorado de claridad; y su parte superior se llama primer móvil, porque es el origen y el principio de todo movimiento, tanto de los cielos como de los elementos. Y a este primer móvil están sometidos los planetas, el curso del cielo y todos los elementos; y es por ello que toda naturaleza corporal obra bajo su influencia. Pero ninguna cosa creada privada de razón, ni aun el primer móvil, puede dominar a la criatura racional; pues ésta puede reprimir en sí la influencia del cielo y de toda la naturaleza y vivir por encima de todo movimiento natural, en cuanto éste sea contrario a la virtud. Dios, en fin, creó el cielo supremo, que es la pura y simple claridad y el origen, principio y fundamento de todas las cosas corporales creadas por Dios; y envuelve con su círculo esférico todos los cielos y todos los elementos. Y es más sublime, mas amplio, más grande y más profundo que todas las cosas corporales creadas por Dios. Dios adornó el cielo con él mismo, con los espíritus angélicos y con los santos. Pues el esplendor corporal creado depende del (esplendor) espiritual increado que es la muy sublime naturaleza de Dios. Y este mismo cielo, con todo lo que abarca por debajo de él, es corporal. Y es en sí mismo el reino sensible de Dios, que cada cual debe contemplar y considerar con su disposición y su ornamento, para tributar gracias a Dios por toda cosa y consagrarse a su servicio. Las cosas que están colocadas bajo el firmamento pueden ser miradas con los ojos y conocidas con los sentidos exteriores del alma. Pero las cosas que están encima del firmamento, es dable imaginárselas con los sentidos interiores, y considerarlas con la razón. Pero donde terminan los cielos corporales, allí también se detiene toda imaginación y todos los sentidos interiores o exteriores son impotentes. Pues donde lo que es corporal termina, allí también terminan (o se detienen) todos los sentidos. Pues ningún sentido puede comprender ni a Dios, ni al ángel, ni al alma, porque no tienen ninguna forma ni figura. Pero esto basta para la primera vía sensible.

CAPITULO V

De la vía de la luz natural.

La segunda vía es la de la luz natural, por la que caminan todos los que ejercen y cumplen las virtudes naturales por una intención extraña, fuera del impulso y de la inspiración del Espíritu Santo. Esta vía penetra todo el hombre, por las fuerzas inferiores adornadas de las virtudes naturales y morales, por las fuerzas superiores elevadas sin esfuerzo en el simple caudal de la esencia del alma, que lleva la imagen de Dios y que es el reino natural de Dios. Pues el hombre ha sido creado, según el cuerpo, de los cuatro elementos; y según el alma, de la nada, a imagen de Dios. Su primera fuerza natural es llamada (virtud) irascible; y su oficio es contener, reprimir y dominar todo lo que es contrario a las buenas costumbres, toda bestialidad, todas las malas inclinaciones de la naturaleza.

Debe estar adornada por la primera virtud cardinal, que es llamada Prudencia, por la cual considerará atentamente de dónde viene, dónde está, adonde va; como también la brevedad de la vida, la inestabilidad del tiempo, el destierro del mundo y la largueza de la vida futura, que ha de durar eternamente. Atenderá también, para tenerlas en gran consideración, a la nobleza y a la dignidad de las virtudes que son el ornato del hombre interior y exterior.

La otra fuerza natural es la concupiscencia a la que debe adornar otra virtud cardinal, a saber, la Templanza, que ha de refrenar y reprimir la concupiscencia e impedir todo exceso en el beber, el comer, el vestido y los otros bienes temporales; de tal suerte que no desee nada superfluo e innecesario al hombre; y en cuanto a lo necesario, que no desee con demasiada avidez o avariciosamente.

La tercera fuerza natural es racional. Las dos primeras, si no están decoradas de virtudes, pertenecen a la bestia; pero esta fuerza racional separa al hombre del alma de las bestias. Pero ha de adornarla la Justicia, a fin de que el hombre dé y reciba, obre y cese de obrar, modere, regule, disponga u ordene todas las cosas según lo que pide la recta razón y el discernimiento.

La cuarta fuerza natural del hombre es la libertad de la voluntad, que debe estar ornada de una virtud natural que es la Fortaleza, para que el hombre pueda mandar y poner freno a todas las fuerzas bestiales del alma, y pueda soportar, con alguna tranquilidad de ánimo, el daño y la ignominia, la humillación o la gloria, la ganancia o la pérdida, la prosperidad o la adversidad, la tristeza o la alegría, y todo cuanto puede ocurrirle por parte de las criaturas; y también para que, habiendo recibido la fuerza y el poder, pueda poner por obra las virtudes y no desfallecer. Esas cuatro fuerzas naturales, a las que otras tantas virtudes cardinales o morales rigen, ordenan y moderan, son las que adornan al hombre exteriormente en la vida moral. Esa es la parte inferior de la vía de la luz natural. La parte superior de esta misma vía natural son las tres fuerzas superiores del alma, que se alejan y apartan de las ocupaciones y del reparto de sí y tienden al reposo en la unidad. Entre ellas, la memoria elevada, orientada hacia la desnudez de su esencia, se ve privada de acción en la simplicidad de esta esencia. Tiene una inclinación, una apetencia natural hacia el simple caudal del espíritu y se dirige a los actos externos, esto con la fuerza de la inteligencia racional y la libertad de la voluntad; y rige, modera y ordena todos los sentidos y todas las fuerzas corporales. Del mismo modo, alejada de las ocupaciones y de la disipación, recibe en el interior su reposo, en la desnudez de la esencia del alma natural, por una cierta inclinación, como al origen; y allí es opuesta a la esencia desnuda del espíritu; y esta misma esencia le confiere alguna belleza y ornato. La otra fuerza es la de la inteligencia, que, vuelta hacia su esencia y considerando la paz del fondo, está privada de acción por la misma naturaleza, y reposa en la inacción, rodeada por la simplicidad de su esencia; y así ve y percibe fácilmente, sea en sí misma, sea en las otras criaturas, que hay una causa de la cual dependen y emanan todas las cosas creadas, y desea descansar en ella eternamente; y señala y recoge, en las cosas creadas, el poder, la sabiduría, la bondad, las riquezas de la causa primera, de tal suerte que todo cuanto ésta ha creado por su poder, lo ha dispuesto y ordenado con su sabiduría, y lo ha ornado y enriquecido con prodigalidad y largueza, en su inmensa bondad y liberalidad, aunque, sin embargo, todo lo que ha dado a las criaturas, cuya razón es variable y múltiple, queda en la inagotable riqueza de su naturaleza.

La tercera fuerza es la voluntad, que rodea la memoria y la inteligencia; y así naturalmente, las hace inclinarse hacia adentro, hacia su origen. Pues, como ninguna cosa temporal, ningún placer corporal ocupan y retienen las fuerzas superiores, sino que ellas se elevan hacia la unidad, de ahí existe y aparece cierto reposo sensible, que penetra el cuerpo y el alma; y entonces las fuerzas se transforman en la unidad del espíritu, y la unidad en ellas. Así, pues, la parte más excelente de la vía natural es la esencia del alma, que depende de Dios; ella es inmóvil, más elevada que el cielo supremo, más profunda que el fondo del mar, más extensa y más amplia que el universo y todos los elementos, pues la naturaleza espiritual sobrepuja toda naturaleza corporal. Es también el reino natural de Dios, y el término de todas las acciones del alma. Pues ninguna criatura puede obrar en ella, excepto solo Dios, que es la esencia de toda esencia, la vida de toda vida, el principio y la conservación

de todas las criaturas. Es, pues, por la vía de la luz natural por donde se puede entrar en las virtudes naturales y en el reposo del espíritu. Y es llamada vía natural por esta razón, de que se puede andar y mantenerse en ella sin el impulso o la inspiración del Espíritu Santo y sin los dones divinos sobrenaturales; aunque sin la gracia de Dios se alcanza raramente esta excelencia.

CAPITULO VI

De la vía sobrenatural y divina.

La tercera vía es la vía sobrenatural y divina, en la que el alma es conducida por el Espíritu Santo, que es la caridad divina, que mueve al hombre por una séxtuple razón, o siete dones (como está dicho por Isaías), que ciertamente son las siete principales virtudes, la raíz y el principio de todas las virtudes. Y el espíritu de Dios es como una fuente viva que brota de siete venas, que forman siete fuentes de vida que surgen y borbotan en la misma fuente y penetran todo el reino del alma, fecundándolo de mil maneras. El espíritu de Dios es, en efecto, la inmensa piedad, la claridad y el ardor, o el incendio que abrasa los siete dones y que brilla y arde a la manera de siete lámparas ante el trono de la suprema majestad, en la razón pura del alma. Además el Espíritu Santo, que es la divina claridad, el sol eterno y espléndido, envía siete rayos luminosos y resplandecientes para calentar, iluminar y fecundar el reino del alma. Estos siete dones son semejantes a siete planetas fijos en la pureza del espíritu como en el firmamento, moderando, ordenando y gobernando el reino del alma en la divina claridad. También son comparados a los siete cabellos que ornán la cabeza del potente Sansón (es decir, del alma amante), es a saber, la voluntad libre, a la que colman con la gracia divina, la instruyen y dotan de fuerza y sabiduría contra todo género de vicios, cosa que el enemigo que habita el Tártaro desea cercenar. Finalmente, esos siete dones son los siete modos de acción del Espíritu Santo en el alma, por los cuales la adorna la dispone y la ordena, la hace semejante a él y la conduce al eterno goce.

CAPITULO VII

De las seis categorías de hombres que no se aplican a recibir los dones del Espíritu Santo, y especialmente de la primera.

Hay seis clases de hombres que no se aplican, según sus fuerzas, como lo exige la decencia natural, a recibir los dones sobrenaturales y divinos. Los primeros de esta especie son los que viven manifiestamente en pecado mortal y que, habiendo abandonado a Dios, se han entregado a las voluptuosidades y a los goces de la carne, al orgullo y a la arrogancia del espíritu, al deseo y a la acumulación de los bienes terrestres, en contra del honor y de los preceptos divinos. De los que llevan una vida sujeta manifiestamente a los pecados mortales, la especie es triple. La primera se compone de los que procuran y ambicionan sobre la tierra los honores, las dignidades, los puestos soberbios y ciertos privilegios por encima de los otros, y que son envidiosos y opresores.

La segunda es la de los que son esclavos de la sed de riquezas y de la avaricia; que usurpan y reivindican para ellos solos lo que Dios ha creado para todos los mortales indistintamente, y, si lo pueden, ambicionan poseerlo solos. Esos, sin duda, hacen grave injuria a Dios cuando no utilizan sus facultades para su servicio; se acarrean un serio perjuicio a sí mismos, cuando se hacen una vida llena de inquietudes y de pesares; y finalmente, hacen injuria al prójimo, cuando no reparten con bondad lo que ha sido creado por Dios para el uso de los unos y de los otros.

La tercera categoría, en fin, son aquellos que la torpeza, la pereza, la gula y la lujuria tienen encadenados; que se complacen en la voluptuosidad, a la manera de las bestias; y que, de tal suerte, rudos y groseros, no son iluminados en absoluto por la luz de lo alto. Estas tres categorías (de hombres) manifiestan claramente a todos los que tienen los ojos abiertos, que quienes imitan esos modos se alejan de la divina claridad, y le son completamente extraños y desemejantes. Los paganos o los gentiles que no obedecen a la recta razón ni a la ley natural, sino que están sometidos a los instintos que tienen comunes con la bestia y se abandonan a las voluptuosidades y a las afecciones naturales, sufrirán penas mayores y están más alejados de Dios y le son más desemejantes que los otros paganos que conforman su vida a los principios de la ley natural. Los judíos, a quienes se ha dado el Decálogo, conferido la profecía, como así muchas otras gracias y milagros, y que después de haber visto u oído los ejemplos de sus padres, no teniéndolos en cuenta para nada, llevan una vida bestial contraria a su ley, son mucho más malos que los judíos que se someten a la ley divina.

Pero los que son de la religión cristiana, por los cuales Cristo ha muerto y los ha rescatado con su muerte, a quienes ha dejado sus sacramentos y múltiples dones y prometido darse por entero; los que han jurado en el bautismo la fe o fidelidad, la inocencia y su perpetuo servicio, y que, sin embargo, alejados de él, son esclavos del mundo, del demonio y de sus goces bestiales, éstos, sin discusión, aventajan por su malignidad a los paganos y a los judíos; pues han recibido más grandes dones divinos y se han contraído a más graves deberes, sin hacer, empero, ningún caso de ellos. Pero si quieren volver y convertirse, entran más fácilmente (que los otros) en gracia con Dios; porque son los hijos, mientras los otros no son más que extraños. Tal es la primera especie de hombres malos, que no se parecen en nada a Dios y se hallan muy alejados de él.

CAPITULO VIII

De la segunda especie de hombres malos.

Hay otros hombres infieles o perversos, que observan y siguen algún error contra los artículos del símbolo apostólico o contra los siete sacramentos de la Iglesia; que desconfían en algo de la Santa Iglesia Católica o profesan una opinión contraria a la suya, sea que lo hagan públicamente, sea de una manera oculta. Si perseveran obstinadamente y mueren así, aun cuando estuvieran dotados de todas las virtudes morales, ejercieran todos los actos de misericordia y de piedad y gozaran de tanta penetración de espíritu como todos los mortales juntos, serán sumergidos, sin embargo, en las llamas (del infierno) del Tártaro.

Hay cuatro cosas que inducen en error a los hombres y los precipitan en la herejía. La primera es la voluntad propia o la obstinación, cuando no se quiere seguir el consejo o la advertencia de nadie. La segunda es la complacencia en su propia ciencia natural, su ingenio y su sutileza, o igualmente en una cierta manera singular de vivir, en presencia de los otros hombres de bien. La tercera es la credulidad, con que alguno acomoda

demasiado fácilmente su fe a un instinto o a un pensamiento falible, sin considerar primero diligente y exactamente si está de acuerdo o no con la Santa Iglesia Católica. La cuarta es el orgullo del espíritu por el cual se cree más a su propio juicio que al de la Iglesia. Estas cosas precipitan al hombre en el error o en la herejía, infectado de la cual, es absolutamente indigno de la gracia de Dios. Si algunos de éstos quieren convertirse, importa que renuncien a su voluntad propia y que sometan e inclinen su ciencia y su inteligencia ante la ciencia y la doctrina de la Santa Iglesia Católica: que regulen y consumen su vida interior y exterior, sin orgullo ni arrogancia, por el honor de Dios; que crean interiormente, sin simulación, lo que cree la Santa Iglesia Católica, que practiquen y ejecuten exteriormente, de todas maneras, cada cual según su estado, los decretos y prescripciones de la Iglesia, lo que la misma santa Iglesia practica y ejerce; y así podrán obtener, primero la gracia y luego la bienaventuranza. Los paganos, en efecto, aunque practiquen y sigan la ley natural, se condenan (1), sin embargo, pues el nombre de Jesucristo está hoy divulgado por casi todos los climas del mundo, y sus acciones, sus profecías, la liberación de la naturaleza humana, han sido predicadas, denunciadas y propagadas. E igualmente los judíos (2), aunque vivan en estos tiempos según los (antiguos) preceptos de Dios, los usos, las costumbres y las instituciones de sus antepasados, con todo, serán castigados con la condenación, y esto, más gravemente que los paganos; porque desprecian las profecías de la ley que les fue dada, que hablan de la venida y de la pasión de Cristo, y desprecian también, con verdadera malicia, la visita, la doctrina y las gestas del mismo Cristo. Por lo cual, sin ninguna duda, son peores que los paganos, pues han sido colmados de más grandes beneficios divinos y no quieren tenerlos en cuenta.

(1) No se condena quien sin culpa ignora a Cristo y vive según los dictados de su conciencia. El autor supone el caso de los paganos culpables de su propia ignorancia. *Nota del editor.*

(2) Lo mismo se puede decir de los judíos que de los paganos culpables.

CAPITULO IX

De la tercera especie de hombres malos.

La tercera especie es la de los pícaros y de los hipócritas, que ejecutan las buenas obras sólo en vista de una recompensa temporal. Esta clase de hombres simuladores se subdivide en cuatro partes: los primeros son los que se disfrazan, que son, lisonjeados por sus superiores, que hacen alarde exteriormente de buenas obras, de justicia y de todas las virtudes morales, a fin de ser elevados por encima de los otros, por los honores, las ventajas, los privilegios y las riquezas; como ser promovidos al sumo pontificado, o al episcopado o a alguna otra dignidad; o bien, si son religiosos, de cualquier orden que sea, obtener los oficios de prior, de abad o de otros semejantes; o aun, si son laicos, ejercer la magistratura secular; y disimulan tan bien, cautivando a los otros con zalamerías, que parecen humildes, justos y adornados de todas las virtudes. Pero todo esto proviene del orgullo o de la avaricia. Y no es más que falsa apariencia. Y pues que estos hombres son hipócritas y taimados, todo el bien que hacen con esta intención y con semejantes disposiciones, no tiene otro resultado que su perdición.

Otros se disfrazan y soportan grandes trabajos para parecer santos, o para alguna ventaja temporal o terrestre. El número de éstos es muy grande. Pillos son todos aquellos que realizan al descubierto sus buenas obras, para merecer las alabanzas de los hombres, y esta clase de acciones no merece ninguna recompensa de Dios. El sacerdote que celebra el santo sacrificio de la misa con la intención de merecer un provecho temporal, o parecer bueno, es un hipócrita, que será castigado con muerte eterna. El monje, la hermana, el profeso de cualquier orden monástica que sea, begardo, beguina o cualquiera sea el nombre que lleven, si se dedican a las buenas obras exteriores, a saber, si ayunan, si velan, si oran, si hacen peregrinaciones, si andan (con los pies) desnudos, si predicán, si llevan hábitos pobres, si se consagran al silencio, si viven solos en el desierto, si adoptan géneros de vida variados, raros y desconocidos, sólo por adquirir reputación de santidad o gozar de algún bien temporal, éstos, digo, no son más que pillos e hipócritas.

La tercera categoría es la de aquellos que hacen algún bien a fin de que se satisfaga su voluntad, en el beber y en el comer, y poder llevar así una vida muelle, dulce y delicada. Se muestran a veces astutos y hábiles.

No estiman los honores mundanos, no desean los bienes temporales, pero son golosos y delicados, y adulan y alaban a aquellos de quienes esperan obtener con qué satisfacer su glotonería.

La cuarta especie es la de aquellos que traman el mal de una manera oculta, o que, a escondidas, llevan una mala vida; y, sin embargo, disimulan por fuera y se adornan con ciertas virtudes exteriores, a fin de poder llegar a su mal fin y entregarse libremente a sus vicios. Todos los que acabo de nombrar son unos pillos e hipócritas; y son indignos de la gracia de Dios. Pero si quieren convertirse y hacerse dignos de la divina caridad, que realicen las buenas obras (a que están acostumbrados), no por el honor temporal, o por las riquezas, o por ser estimados por encima de los otros, o por parecer santos, o por un interés humano cualquiera, o por agradar a alguien, o por satisfacer su perversidad; sino cambiando su intención viciosa y corrompida, de tal suerte que, en todos sus actos, no consideren más que el honor y la gloria de Dios, no atiendan más que a su bienaventuranza eterna y desprecien y desdeñen todos los bienes temporales.

Así podrán obtener el amor divino y la vida eterna.

CAPITULO X

De la cuarta especie de hombres malos.

A esta cuarta especie pertenecen los hombres perversos, astutos, duchos en el mal y la depravación, que quieren poseer la tierra y desean obtener el reino del cielo. Un cuádruple obstáculo se opone a que éstos obtengan la gracia de Dios. El primero es la duplicidad de intención, por el cual quieren al mismo tiempo servir a Dios y al mundo, y dar satisfacción a los dos. Ayunan, en efecto, observan los días de fiesta, visitan los templos, asisten a las pláticas sagradas y parecen observar los preceptos divinos en muchos puntos; y según su propio juicio hacen bastante por Dios. Pero tienen dos caras y son injustos; y, por otra parte, son presa de numerosas inquietudes y maduran en ellos sutilmente múltiples proyectos. Exteriormente, emprenden toda clase de tareas y se sujetan a todos los usos, a fin de amontonar riquezas y bienes terrenales. Y se esfuerzan así por poseer el cielo con la tierra.

Bajo estas enseñanzas combate todo el género humano, los eclesiásticos como los seglares. Los monjes y los religiosos quieren parecer santos, y empero, quieren poseer y acumular. Los canónigos y los sacerdotes seculares quieren tener al mismo tiempo dos o tres beneficios eclesiásticos; o bien dedican todos sus cuidados a los negocios, y supuran grandes rentas. Los laicos y la gente del pueblo, lo mismo que los artesanos y las mujeres que se llaman begutas o beguinas, a cualquier estado que pertenezcan, si con Dios desean y buscan al mismo tiempo los bienes temporales más de lo que exige la necesidad, tienen doble faz, no se parecen de ningún modo a Dios y son indignos de la divina gracia. — El segundo obstáculo es la rapacidad o la avaricia. Sirven a Dios, en efecto, en muchos puntos, pero no lo sirven por la piedad para con el prójimo, por los actos de caridad y de piedad, o de misericordia y de liberalidad; parecen no estar nunca en disposición de hacer el bien, y no se los puede apartar de sus propios intereses, para sustraer algo a su haber a fin de distribuirlo entre los pobres; y su conciencia los acusa de todos los pecados y de todos los vicios, excepto de la rapacidad y la avaricia. Pues su conciencia no está enderezada hacia la justicia, sino hacia su propia voluntad; y no los embarga el divino amor.

El tercer (obstáculo) es la ciencia natural y la penetración o sutileza con que contemplan desde lejos y prevén largamente su daño o su provecho; y cualesquiera que sean aquellos con quienes tratan, ricos o pobres, ponen a salvo su provecho abiertamente o a escondidas. A causa de su excesiva rapacidad y de su avaricia, son detestados y envidiados por todos. Y como poseen la prudencia natural, cuando ven aproximarse la muerte distribuyen libremente sus bienes, para poder comprar la venturosa eternidad; pero si supieran que habían de vivir siempre, no darían nunca a nadie nada de sus bienes.

El cuarto (obstáculo) es la dureza del corazón de piedra. Cualesquiera que sean las razones que oigan, cualquiera que sea el bien que se les diga y cualesquiera los grandes ejemplos que se les de, ya sean castigados por Dios con la enfermedad corporal o con el mal estado de sus negocios temporales, perseveran siempre en sus malos hábitos inveterados. Son ellos falsos sabios, hábiles y astutos, que no merecen nada, o poca cosa, de los bienes divinos. Pero si quieren hacerse dignos de la divina caridad, importa que amen a Dios con todo su corazón, y que por ese amor desprecien todos los bienes terrestres, excepto lo que es necesario para la vida; que comuniquen y repartan entre los pobres lo que poseen; que busquen a Dios, atenta y seriamente; que ordenen y arreglen su vida entera con espíritu de discernimiento y de verdadera caridad; y así podrán obtener, en el siglo presente, la gracia, y en el siglo futuro, la vida eterna.

CAPITULO XI

De la quinta especie de hombres malos.

La quinta especie de hombres (malos) son los esclavos, o los hombres de condición servil. Hay cuatro cosas que hacen esclavos a los hombres, los privan de libertad, los deshonran y los hace indignos de la divina gracia. La primera es que no consideran más que a sí mismos y sus intereses, y que evitan su daño y su incomodidad; es decir, que desean escapar a las llamas del infierno y gozar de las alegrías celestes; y para esto hacen y omiten toda cosa. Soportan fácilmente grandes trabajos, no teniendo otro fin en todas las cosas sino su propio interés. La segunda, es que están siempre retenidos por el temor del daño o la esperanza del provecho; y algunos de entre ellos no se empeñan de ningún modo en despreciar los bienes terrenos para obtener los bienes eternos. — La tercera, es que hacen demasiado caso de sus obras y de su servidumbre; fían más en sus propias acciones que en esa libertad por la cual son los herederos de Dios, rescatados por la sangre de Cristo. — La cuarta, es que se hacen ellos mismos esclavos mercenarios. Pues si no esperasen una recompensa de Dios, no lo servirían nunca; más temen sufrir la sentencia de eterna condenación que ofender a Dios; y prefieren el reino de Dios y la felicidad que se experimenta en ese reino, a la eterna gloria de Dios y el gozo de servirle libremente en la eternidad. Por eso es que privados de la libertad, no están en absoluto heridos por el amor divino; pues no consideran más que a sí mismos en todas las cosas. Pero la caridad no busca sino a Dios y su honor, hace que el hombre se olvide y se niegue a sí mismo para colocar en Dios principalmente su fidelidad y su esperanza, y que desee servirle eternamente, por la verdadera caridad, en la vida temporal y en la eterna, teniendo confianza en que Dios le dará su reino y se dará a él eternamente. Por esta razón, los servidores deben dirigir y orientar hacia Dios, con cierta libertad, su intención y así, hacerse capaces de la divina gracia, de realizar sus obras y obtener la vida eterna.

CAPITULO XII

De la sexta especie de hombres malos.

La sexta especie son los orgullosos por naturaleza, los que tienen el espíritu sutil y aguzado por la ciencia natural o adquirida, a menudo bien reputados en la vida y las relaciones exteriores, elevados y tranquilos en la contemplación natural, siempre entregados a su voluntad propia. Son de un espíritu soberbio e hinchado de orgullo, se imaginan que son y se esfuerzan por parecer siempre los primeros en esta singular manera de ser; y en cuanto a su vida espiritual, quieren ser por todos honrados y glorificados; y no hallan nunca que es bastante y que se tienen para con ellos suficientes miramientos. Sólo tiene probabilidades de caerles en gracia el que los ensalza magníficamente. Todo lo que se les cuenta o se les muestra de la vida interior o exterior, de cualquier otro que sea, lo atenúan siempre, para sobreestimar su propia vida. Quieren instruir a los otros, imaginándose que poseen toda ciencia, y no soportan ser reprendidos o enseñados por nadie, pues son orgullosos y voluntariosos.

Confirman todas sus (razones), por la penetración de su inteligencia natural y de su ciencia; refutan todas las razones de los otros y todo lo que se les opone; y la misma ciencia natural es para ellos ocasión y ayuda del orgullo. Todos los que no están ilustrados por la luz divina ni fundados en la verdadera humildad, a causa de su sutileza y de sus costumbres bien arregladas exteriormente y de la paz de su contemplación natural, tienen una altísima opinión de su santidad. Pero como no están movidos e incitados por la gracia, no suelen mostrarse compasivos con los prójimos caídos en la necesidad. La caridad no abandona nunca al prójimo, pero la naturaleza es injusta, porque se mantiene en la contemplación de sí misma; y muchos prefieren esta contemplación a toda obra de caridad. En lo cual se engañan, y yerran manifiestamente; pues las obras de caridad son de precepto, y la contemplación, aun sobrenatural, sin los actos de caridad no puede menos que rebajarse. Ahora bien, todo lo que tienen, o todo lo que adquieren, lo estiman para ellos necesario. Creen, en efecto, que son moral y físicamente muy delicados. La inteligencia natural se halla en ellos siempre despierta, tiene una altísima idea de sí misma y no experimentan una mediocre satisfacción con su ciencia y su vida espiritual. En fin, los de esta especie son raros sobre la tierra, pero, cualquiera sea su número, son indignos de la gracia divina; y si quieren hacerse dignos deberán, con humildad de corazón, considerar el honor y la gloria de Dios en toda su vida y en todas sus acciones, conocerse a sí mismos, no enorgullecerse, estimar a los otros hombres tanto como a sí mismos, como que están por igual, si no mejor dotados de virtudes; guardar con humildad esa perspicacia de inteligencia en la que son aventajados, y serán así más ilustrados con las luces de lo alto; y por una santa ociosidad y el alejamiento de las ocupaciones que conciernen a las cosas de la tierra, llegarán a la vida contemplativa. Conservarán para con Dios y el prójimo, con verdadera caridad, la bondad, la piedad, la liberalidad, la misma suavidad de costumbres de las virtudes naturales; y así llegarán a la vida activa. He ahí por qué todos los que están comprendidos en esas seis categorías de hombres que acabamos de numerar, viven fuera de la gracia de Dios y son culpables de pecados mortales. Sólo podrán ser salvos si se convierten de la manera indicada.

CAPITULO XIII

De las tres virtudes teologales.

La Fe divina es el principio de toda gracia, de todos los dones y de todas las virtudes divinas; es una luz sobrenatural y el fundamento de todo bien. Los que quieren obtenerla y ser inscriptos en el número de los hijos (herederos) del reino eterno, importa que eleven la naturaleza hasta el punto en que ella puede dar testimonio del bien supremo, a fin de que con ella exploren y consideren cómo Dios creó el cielo y la tierra por amor, a causa del hombre; le ha dado bienes espirituales y temporales de todas clases; murió por él; y quiere darle libremente el perdón de todos los pecados (si únicamente no rehusa hacer penitencia); que está pronto también para comunicarle liberalmente la divina caridad y todas las virtudes, y hasta para darse todo entero, él y todo cuanto hay en él, para que se le goce eternamente; con tal que se quiera confiar en él y servirle con voluntad libre en una verdadera sumisión. Y pues que Dios hizo todas las cosas en la independencia de su bondad, de su amor, de su liberalidad, y que es propio de su naturaleza que se prodigue continuamente con todos sus dones, a fin de elevar

hasta él a todos los que colma con sus dones, y aun ponerlos a gozar de él eternamente, es justo también que el hombre cumpla todas esas obras libremente, o por una voluntad sin trabas, por el honor de Dios, con una humildad y sumisión verdaderas; y que no pida ni quiera ni exija sino lo que Dios quiere dar. Y como éste es muy liberal, muy bueno y muy bienhechor, nada que se haga por él quedará sin recompensa ni caerá en el olvido. De esta manera la naturaleza alcanza su suprema altura; y allí, como es impotente y no puede ir más allá, Dios, aproximándose por la luz sobrenatural, ilumina la inteligencia a tal punto, que el hombre puede concebir una fe y una confianza más grandes de lo que se podría escribir. Por ello considera y contempla el bien eterno que espera; y sin ninguna incertidumbre ni desconfianza, espera recibir lo que cree y lo que espera. Pero de ahí proviene cierta caridad sensible que lo junta y une a Dios, libremente. Y esas son las tres virtudes teologales, a saber: la fe, la esperanza y la caridad. Con ellas penetra al mismo tiempo el Espíritu Santo en el alma del hombre, como el manantial de vida de donde brotan siete fuentes, que son los siete dones divinos por los cuales el alma es adornada, ajustada, ordenada, perfeccionada y conducida a la vida eterna.

CAPITULO XIV

Del don del temor de Dios y de algunas virtudes que de él provienen.

El primero de esos siete dones es el temor amante o amoroso del Señor, que más teme ofender a Dios que perder la recompensa; y que hace que el hombre reverencie profundamente a Dios y su santísima humanidad, deseando adaptar y consagrar toda su vida y todas sus acciones al honor de Cristo, en el absoluto respeto de todos los sacramentos de la Iglesia, de la doctrina y de los preceptos de Cristo, el culto de Dios y de sus santos, la sumisión respetuosa del alma a los superiores espirituales y temporales, y la veneración de todos los hombres de bien, en quienes se encuentran las virtudes y la semejanza de Dios.

De este temor amable nace la verdadera humildad y la estimación no fingida de su propia nada, en la consideración atenta de la grandeza de Dios y de su propia pequeñez, de la sabiduría de Dios y de su propia insensatez, de la riqueza y de la liberalidad de Dios, de su propia miseria y de su indigencia. Esta humildad hace que el hombre se rebaje y se desprecie siempre delante de Dios, y que se haga el servidor, no sólo de sus superiores e iguales, sino también de sus inferiores, de tal suerte que, en cuanto lo permite la sana razón, se ponga humildemente a disposición de todos los que tienen necesidad de sus servicios: que se contente con la bebida y el alimento que reclaman las fuerzas de la naturaleza; que en el vestido y el cuidado del cuerpo, cuanto lo exigen su estado y condición, observe la humildad, a fin de que nadie pueda reprenderlo; y que en su manera de ser, interior o exterior, delante de Dios y delante de los hombres, se muestre siempre humilde. Ahora bien, de esta humildad toma su origen la obediencia, por la cual se somete uno a Dios y a todos sus preceptos, lo mismo que a sus superiores, a la santa Iglesia y a todos los hombres de bien, en todo lo que es justo: los sentidos y las fuerzas físicas (bestiales) obedecen a las fuerzas del alma (superiores) en la aceptación del trabajo y el cumplimiento de la penitencia corporal, en cuanto la naturaleza, guiada por la recta razón, puede soportarla. Pero la obediencia engendra el renunciamiento a la voluntad propia, por el cual uno se niega a sí mismo, sea en la acción, sea en la omisión, y hace u omite hacer todas las cosas según la voluntad de Dios, más aún, según la voluntad de los superiores y de todos aquellos junto a los cuales vive; y esto en las cosas lícitas y provechosas, según el juicio y el discernimiento de la recta razón. Quienquiera haya de esa suerte adquirido y realizado perfectamente ese temor de Dios, habiendo repudiado y hollado su voluntad propia, ese tal es ciertamente del número de aquellos de que habla Cristo cuando dice: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. *Beati pauperes spiritu quoniam ipsorum est regnum coelorum.* (Math. V, 3.). Pues nadie es más pobre ni se renuncia más que el que consagra su vida entera a Dios y no quiere, no pide y no desea ninguna otra cosa que lo que Dios quiere darle. Este es, ciertamente, discípulo e imitador de Cristo; pues el que no posee nada confía más en Dios que si tuviera lo mejor de sus dones, en el tiempo y en la eternidad. Y está bien compararlo con los espíritus angélicos del orden inferior, pues que es su compañero y ha de ser admitido en su categoría.

Pues los ángeles tributan homenaje a Dios, a todos los espíritus angélicos y a los hombres, y los veneran: son de una gran humildad, siempre prontos, no sólo para el servicio de Dios, sino de todos los hombres. Son mensajeros obedientes de Dios, de los hombres y de todos los espíritus angélicos. Y como han unido su voluntad con la de Dios, son muy resignados y gozan de una eterna felicidad. Un hombre tal es semejante a Dios, no menos según la naturaleza divina que según la naturaleza humana. Dios, en efecto, según su humanidad honra la naturaleza humana; y la ha venerado, elevándola y exaltándola por encima de todos los cielos y de todas las legiones angélicas; del mismo modo que nos ha manifestado su humildad tomando nuestra naturaleza para juntarla y unirla a la suya. Obedeció también a los deseos, a las aspiraciones, a las plegarias y a las lamentaciones de los Patriarcas y de los Profetas. Resignó, en fin, su voluntad de diversas maneras, según las palabras de la escritura, para cumplir la voluntad de sus amigos. Pero, según la humanidad, Cristo Jesús rindió siempre un supremo honor a su Padre, considerando y buscando en todas sus acciones su alabanza, su grandeza y su gloria. Y no sólo en el servicio de su Padre se condujo con humildad y sumisión, sino respecto de todos los mortales y de sus discípulos, a los que sirvió en todas sus necesidades; y en su inefable humildad les lavó los pies, y dijo de sí mismo: El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir (Math. XX, 28.). *Filius hominis non venit ministran sed ministrare.* Mostró una voluntad y una sumisión resignada para con su Padre, hasta su último suspiro; y así mismo a la ley judaica, a los preceptos y a veces a las costumbres de los Patriarcas y de los Profetas, cuantas veces fue ello útil y provechoso.

Quienquiera que esté munido de este temor de Dios, tal como está dicho, ese tal decora y transforma, por las virtudes divinas, el primer elemento terrestre, es decir, la facultad irascible. Pues la tierra está adornada de árboles que llevan frutos numerosos, que significan la intención apropiada y aplicada a Dios con veneración y respeto. Está adornada también de toda clase de hierbas (o plantas) que exhalan perfumes exquisitos y llevan frutos deliciosos, los que significan la servidumbre razonable y discreta aliada a la humildad sin ningún fingimiento. La tierra está adornada además de animales de especies diversas, bestias de carga, rebaños o fieras

que designan los sentidos y las fuerzas bestiales, que es preciso dominar y mantener siempre bajo la obediencia real: lo que adorna incomparablemente al hombre racional, a saber, el que, renunciando a sí mismo, se somete y obedece a Dios sin repugnancia y sin coacción, en contra de su voluntad propia. Con esta razón está adornada la tierra y la virtud racional. Y ése es el Paraíso terrenal, en el que Dios colocó al hombre para que lo cultivara y lo guardara.

Cultivarlo, es decir, consagrarse a las virtudes. Guardarlo, que es hacer de suerte de no pecar. Pues, si peca, pierde los frutos y el paraíso mismo. Pero en medio del Paraíso plantó Dios el árbol de vida, el árbol de la ciencia del bien y del mal. El árbol es la codicia natural, o voluptuosidad. Produce y hace crecer frutos variados, hermosos, suaves y deleitosos a la naturaleza, que el diablo y el mundo ofrecen a los sentidos, es decir, a la mujer. Ahora bien, la mujer, es decir, los sentidos, los da al hombre, es decir, a la razón superior, a la que Dios ha encomendado el cuidado y la guarda del Paraíso. Está permitido al hombre deleitarse y disfrutar de todos los frutos de las virtudes, y crecer así en la gracia, pero el fruto de la voluptuosidad le está prohibido, a fin de que no viva según el deleite carnal. Pues todas las veces que la razón suprema se nutre con ese fruto y cumple voluntariamente ese acto con la mujer, es decir, los sentidos y el espíritu maligno, contra la prohibición y la voluntad de Dios, el hombre es arrojado del Paraíso, despojado y desnudado de todas las virtudes, excluido y separado del reino eterno de Dios.

Ahora bien, para poseer, en una suprema perfección, este temor de Dios con todas las virtudes que nacen de él, hay que cuidar que, por medio de él, la intención sea firmemente elevada hacia Dios, le esté consagrada y aplicada para servirle constantemente, sin mirar hacia atrás, en el temor de Dios, por la alabanza y la veneración: se debe considerar como cosa perfecta y ver en ello la verdadera ciencia, cómo se han de cumplir los deberes de humildad para con Dios y también para con los hombres, para perseverar, con vigilancia y fidelidad, en las virtudes; no abandonándose nunca a la somnolencia, soportando con alegría, sin tedio ni disgusto, los deberes de obediencia; y teniendo su voluntad propia enteramente entregada y resignada a Dios por la verdadera abnegación. Pues quienquiera que vive sin elección ni deseo no puede sufrir nunca ningún daño, sea en el tiempo, sea en la eternidad.

Hay cuatro cosas que impiden al hombre poseer el temor divino en su suprema perfección: los que llevan una vida desarreglada, sin cuidado ni solicitud, no experimentan nunca suficiente temor para esforzarse en servir a Dios como él lo merece. Ignorantes, groseros y sin inteligencia, soportan difícilmente servir con humildad en el palacio del rey eterno.

Los que llevan con pena y de mala gana el yugo de la obediencia, viven necesariamente en lamentaciones. En cuanto que renuncian a pesar suyo a su voluntad propia, avanzan difícilmente porque están llenos de tristeza. Esas cuatro cosas impiden al hombre progresar en el temor del Señor. Hay otras cuatro que ahuyentan y rechazan este temor, y al mismo tiempo todas las virtudes. Los que, habiendo abandonado a Dios, se vuelven hacia las criaturas, son injuriosos y despreciativos para con Dios. El insensato, el ignorante que no se conoce a sí mismo, está muy alejado de este olvido de sí y totalmente extraño a la humildad que da la vida. El que no se ocupa en las virtudes, no queriendo honrarlas ni ejercerlas, ése, como ya lo hemos dicho, no conoce lo que es la vida sumisa y obediente. Y la voluntad propia cava por sí misma el infierno, que hace tristes y porfiados a los que a ella se han consagrado. Esas cuatro cosas separan al hombre de Dios; y lo conducen a las asechanzas y calamidades de la eterna condenación.

CAPITULO XV

Del don de piedad y de las virtudes que de él dimanar.

El segundo don del Espíritu Santo, que adorna el alma de virtudes, es la Piedad, que hace al hombre bueno, piadoso, obediente, totalmente dispuesto para el servicio de Dios y de los hombres y que se comporte con compasión y misericordia hacia todos los que se hallan en la necesidad, la miseria y la pobreza. La compasión o misericordia proviene de que uno se sienta impulsado hacia Cristo sufriente y hacia todos los mortales. De esta piedad emanan todos los actos de caridad, pues Dios ha confiado los siete dones de misericordia a la caridad; y la caridad es aquel servidor fiel que el Señor elevó por encima de su familia, dándole todo su reino y sus tesoros, a fin de que alimente, dé de beber, hospede y vista a cuantos tienen necesidad de estos socorros; visite a los míseros, los desterrados, los enfermos; de tal suerte que, como lo pide la necesidad, consuele también a los cautivos, siguiendo la recta razón y un justo discernimiento (ya estén privados de su libertad justa o injustamente, o por la causa de Dios); y también que cuide de enterrar a los difuntos, si es rico, con los bienes que Dios le ha dado, en virtud de la verdadera caridad; si es pobre, con la buena voluntad, la bondad y la liberalidad del corazón, estando bien dispuesto a hacer lo necesario para sus funerales, si estuviera en sus facultades, lo que es muy agradable a Dios. Pues la piedad (compasión) y la misericordia son virtudes y no el acto exterior en sí mismo; en ellas no bastan las facultades y los bienes temporales, para mostrarse compasivo y misericordioso con el prójimo, sino también afable y fiel, no sólo dando consejos sino también con los actos, los hechos y de toda manera.

De la compasión procede la Paciencia, pues sólo es paciente él que es manso y caritativo. Pero la paciencia en todas las aflicciones, es para el hombre un ornamento, una ayuda y una protección, a fin de que en las variaciones de las cosas, en el deshonor y la vergüenza, en la enfermedad y en todo cuanto puede ocurrir por parte de Dios y de las criaturas, se mantenga paciente y conserve siempre la verdadera tranquilidad y la paz del alma. Es de esos tales de quienes Cristo dice: Bienaventurados los que son mansos, porque ellos poseerán la tierra. *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.* Pues toda la tierra pertenece al hombre misericordioso, que cumple las obras de misericordia y de compasión en el servicio de Dios, deseando que toda la tierra y lo que hay en ella, si esas cosas estuvieran en su poder, sirvan para la gloria de Dios y el bien del prójimo. Conserva su cuerpo en la paciencia y la mansedumbre, y de esa suerte es feliz, hallándose en posesión de sí mismo y de todas las cosas creadas divinamente según la voluntad, la constitución y el orden de Dios. Es semejante a aquél de los coros angélicos que se llama coro de los arcángeles porque los otros espíritus están por debajo de ellos, y pertenece a su orden y a su compañía, porque tienen como él relaciones de misericordia y de benevolencia con todos los hombres, sobre todo con los que reconocen semejantes a ellos porque cumplen con celo las obras de caridad. Y les concierne excitar a la caridad y a la misericordia a todos los que se consagran a esas cosas. Por eso aventajan en dignidad a los espíritus del orden inferior. Son ellos los mensajeros de lo alto que, bajo apariencia de humanidad, son enviados por Dios a los hombres. Y fue por ellos que el arcángel Gabriel llevó a la Virgen inmaculada el anuncio de la clemencia, de la misericordia, de la conmiseración y de la liberalidad, haciéndole saber que Dios se hacia hombre. Así, los arcángeles son los auxiliares de la caridad y de todos cuantos se consagran a la caridad con mucho celo y valentía. Del mismo modo, el que está lleno de caridad y de misericordia es semejante al mismo Dios, tanto según la divinidad como según la humanidad. Pues según la naturaleza divina, Dios abunda en tan grande caridad y en tal benignidad, que quienquiera se aproxima a él es enriquecido con todos los dones. Está lleno de conmiseración, de piedad y de liberalidad, pues ha creado para nosotros y nos ha dado el cielo y la tierra y todo cuanto contienen, para que sirvan al hombre, a fin de que el hombre permanezca fiel a Dios. Y no contento con eso, ha prometido darse él mismo, en un gozo inefable, con tal que los hombres quieran conciliarse con él. Además, espera con paciencia y longanimidad, que el hombre se convierta; y con infinita mansedumbre sufre y soporta toda la malignidad humana, su perversidad, su injusticia. Mas según su humanidad, Cristo estuvo y está siempre para con los hombres lleno de bondad y de mansedumbre en todas las cosas; y lleno también de compasión, como lo confirman bastante las lágrimas vertidas abundantemente sobre Jerusalén y sus habitantes (Lc., XIX, 41.), aunque eran sus enemigos, llorando su muerte y su perdición; y cuando por conmiseración, mezcló sus lágrimas (Jn. XI, 35.) y sus gemidos con Magdalena y con Marta, en el sepulcro de Lázaro su hermano (Lc., VII, 13.); y al compadecerse del dolor de la viuda y del pueblo, fuera de las puertas de la ciudad, cuando resucitó al hijo de esa mujer. Estuvo y está lleno de caridad y de misericordia hacia todos los que imploran su piedad. Por caridad sació a cinco mil hombres con cinco panes de cebada y dos peces (Jn. VI, 11). En virtud de este mismo amor y de esta misericordia, nunca ha faltado y no puede faltar a ningún hombre en la necesidad, con tal que tenga confianza en él. Por lo demás, fue paciente en medio de los dolores y sufrimientos y en el extremo abandono de Dios Padre y de todos sus amigos; y soportó hasta la muerte esa miseria y esa desolación, en el renunciamento a la naturaleza corporal.

Quienquiera que ejerce este don divino de piedad en ese estado de perfección, ilustra con el maravilloso ornato de las más excelentes virtudes el segundo elemento de las aguas en el hombre, es decir, la facultad concupiscible del alma.

CAPITULO XVI

Que la piedad puede ser comparada justamente al río del Paraíso.

Puédese muy bien comparar la Piedad con el manantial o río del Paraíso terrenal; pues, a semejanza de este manantial, hace correr la virtud concupiscible en cuatro arroyos. El primero se derrama en los cielos, y es la compasión con los sufrimientos de Cristo y de todos los santos que han padecido por su causa. Este arroyo de la virtud concupiscible es agradable y placentero, lleno de alegría y de júbilo, porque sus penas y tribulaciones han cesado, y gozan ahora de las eternas alegrías. El segundo arroyo corre en el purgatorio, y es la conmiseración y compasión con todas las almas retenidas en las penas hasta que hayan satisfecho (a la justicia) por sus pecados. Este arroyo abunda en súplicas piadosas y devotas dirigidas a Dios, porque nuestros amigos tienen de ellas extrema necesidad. El tercer arroyo del Paraíso de vida vierte sus ondas por toda la tierra: es la condescendencia y la misericordia con las necesidades y utilidad del universo cristiano. Este arroyo lleno de dilección, si puedo expresarme así, fluye y obra más eficazmente por el sentimiento interior (que parte del fondo del corazón) de lo que podrían hacerlo todos los mortales por todas las obras exteriores de misericordia. El cuarto arroyo, que es la caridad y liberalidad, se derrama por actos exteriores sobre todos aquellos que se hallan en la indigencia; y esto, prodigándoles consejos y distribuyéndoles socorros materiales en todas sus necesidades: este arroyo está a menudo turbado y agitado. Esos son los cuatro arroyos que embellecen, con sus cursos diversos, el jardín de la piedad.

CAPITULO XVII

Cómo puede poseerse plenamente la piedad y cuáles son sus impedimentos y sus motivos de exclusión.

El que quiere poseer, en su suprema perfección, este don de Piedad, con todas las virtudes que de él derivan, debe tener el alma reposada y tranquila, nada curiosa de las cosas o acontecimientos exteriores, sino siempre perseverante en la simplicidad; debe estar, sobre todo, lleno de mansedumbre. Pues el que es manso cultiva sin esfuerzo la piedad (el amor), para ejercer la común misericordia hacia todos los que están en la indigencia de las cosas necesarias para la vida, y para consagrarse diligentemente a ese cuidado, socorriéndolos por el ejercicio de las virtudes unidas al discernimiento y a la recta razón; y para estar lleno de generosidad en la caridad y el ejercicio de las obras de misericordia, que no hay que descuidar nunca para con nadie, dejando de lado el favor y el parentesco y prodigándose a cada uno según los preceptos de la justa razón; de tal suerte que, aun en la aflicción y la adversidad, se halle siempre en la alegría y dé gracias a Dios. Para esto, debe aplicarse a liberar su alma y a renunciarse en la verdadera paciencia. El que está lleno de mansedumbre lleva una vida plácida y sin dolor. Cuatro cosas impiden al hombre llevar la piedad a su perfección; la facilidad en disiparse; la turbación de los sentidos interiores y exteriores, que impiden al hombre ser bueno; ser condescendiente con sus amigos y próximos más que con el común de los hombres; repartir los tesoros de la caridad, no según la necesidad, sino según el favor, lo que es de un hombre inestable y vacilante en la virtud. Los que soportan de mala gana las aflicciones no pueden regocijarse con acciones de gracias. Estas cosas, no sólo alejan de la perfecta piedad, sino que ahuyentan a veces la misma piedad. Hay otras aun que deshonran al hombre y lo privan de la eterna bienaventuranza: la crueldad, el rigor y la cólera privan al alma de la bondad y de la piedad; no ser compasivo con nadie es algo que se acerca a la tiranía: todos los que son así detestan al hombre. Estar devorado por la avaricia, es algo monstruoso, es llevar una vida exenta de piedad. La impaciencia, la dureza y la severidad en las aflicciones y sufrimientos causan infinitos tormentos y exasperan los dolores del hombre: estos defectos, no sólo privan de la virtud de mansedumbre, sino que hasta nos conducen a las penas eternas.

CAPITULO XVIII

Del don de Ciencia y del verdadero discernimiento.

El tercer don del Espíritu Santo que es ornamento del alma es la ciencia infundida divinamente, que embellece los dos dones precedentes, quiero decir, el Temor y la Piedad. Esta ciencia es una luz sobrenatural que penetra en el alma racional, para que el hombre conforme su vida a una suprema perfección. De esta ciencia verdadera nace el discernimiento o la medida. Pues cuando alguno, por la fe y el temor amoroso o filial, se sustrae al yugo de Satán, arroja al pecado de su espíritu y renuncia a su voluntad propia por humildad y sumisión, pronto a obedecer a Dios y a llevar su yugo por la práctica de todas las virtudes, éstas, por la voluntad, adornan la facultad irascible; y cuando por la piedad, la compasión y la liberalidad va en ayuda del prójimo por medio de las obras de misericordia, éstas adornan la voluntad según la facultad concupiscible. Pero en todas esas obras y en todas las demás, hay que emplear la discreción y la medida, para saber las circunstancias de tiempo, de modo y de persona, la cantidad y la razón que deben guiar en el reparto y administración de los bienes, y estas cualidades adornan la inteligencia según la facultad razonable. Esta prudencia, esta medida es la perfección y ornamento de todas las virtudes morales; sin ella ninguna virtud puede ser durable, pues es la madre de todas las virtudes. Ella es la que hace considerar al hombre lo que debe ceder al honor de Dios, cuál es la utilidad y la necesidad del prójimo, y de qué manera hay que dar satisfacción a cada uno.

De ahí proviene el conocimiento de sí mismo, en que advierte, por su propia experiencia, que a menudo no está en regla con Dios en cuanto al respeto, el honor, la alabanza y la veneración que le debe, así como en sus sentimientos de humildad; lo mismo con el prójimo, a causa de la tibieza de su caridad, de su poca consagración y de su negligencia. De ahí proviene el disgusto y el dolor que siente a causa de todas sus acciones, que juzga no están de ningún modo en relación con lo que debe a Dios y al prójimo. Lo que hace que se estime en poco a sí mismo, igual que a sus obras. El conocimiento de nosotros mismos nos hace considerar de dónde venimos, dónde estamos y hacia dónde vamos. Venimos, en verdad, de Dios, y estamos en un destierro. El que lo ama aspira siempre hacia Dios, y desea estar con él; por eso experimenta sin cesar los dolores del destierro. Corporalmente, estamos sujetos a toda clase de penas y tormentos: el hambre, la sed, el calor, el frío, las enfermedades; y ésta es la fuente de una multitud de males y flaquezas. Somos a menudo combatidos y atormentados, sea por los demonios, sea por los hombres. Y la ciencia divinamente inspirada nos hace conocer todo eso, por temor de que nos gloriemos más de lo necesario y nos gocemos desmedidamente en las cosas caducas y efímeras y en las obras de nuestras manos; y para que no nos contristemos por ser los siervos inútiles de Dios, y porque en todas las virtudes muchas son las cosas que nos faltan. Y ésta es la parte principal y más excelente de ese don de ciencia divinamente infundida. De esos hablaba Cristo cuando dijo: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. *Beati qui lugent quoniam ipsi consolabuntur* (Mt., V, 5.).

Los que lloran y se contristan de lo que les falta en el servicio y el honor que tributan a Dios, aunque hagan todo cuanto pueden, lo hacen por amor y fidelidad hacia el mismo Dios y en su celo por la virtud. Aunque ellos solos pusieran en práctica todas las virtudes, eso les parecería poca cosa, pues desean tributar al que aman muchos más honores y servicios de lo que pudieran hacer todos los mortales juntos. A ellos se aplican (las palabras del maestro): Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados en el reino eterno de Dios. Son semejantes a los espíritus angélicos del tercer orden y forman parte de su sociedad y de su orden. Estos espíritus llevan el nombre de Virtudes, y son más ilustres y más iluminados que los dos órdenes inferiores; por eso los alumbran y dirigen en todas sus acciones; porque los aventajan en la ciencia y el discernimiento. Pueden también, por su luz y sus inspiraciones, por medio de imágenes y figuras, alumbrar a los hombres que ponen todo su interés en valerse de su prudencia y sabiduría. Son también llamados Virtudes porque tienen autoridad para gobernar los dos órdenes inferiores, donde ellos quieren y cuando es necesario. Ocupan el primer grado en el último orden jerárquico, completan y rematan los tres órdenes de esta jerarquía. Finalmente, son los primeros de aquellos a quienes incumbe el cuidado de dirigir y regular la vida moral. El que está lleno de esta ciencia y de este discernimiento divino se hace semejante a Dios, tanto según su divinidad como según su humanidad.

Dios, en efecto, según su naturaleza divina, mirando hacia las regiones inferiores, contempla todas las criaturas, el cielo, la tierra y todo lo que contienen; las compone, las ordena, las regula, según la medida de su juicio y la necesidad que tienen; corresponde con los hombres en todas sus acciones y en todas sus maneras de ser, en las que éstos se conforman a su voluntad y se regulan por él; e ilumina a cada uno exterior e interiormente, según su capacidad. Según la humanidad, Cristo Jesús estaba lleno de ciencia y de discernimiento, y lo estuvo durante toda su vida y en todas sus acciones. El que adquiere ese don de ciencia y de discernimiento y lo lleva a ese grado de perfección, ese tal ilustra el tercer elemento del aire, es decir, la facultad razonable del alma, y la embellece con una claridad suprema. Pero la facultad razonable, iluminada y radiante con la luz de la ciencia divina, es el adorno de la tierra; ésta es la virtud que se compara con la tierra, porque es la última de las virtudes y obliga al hombre a someterse a la humildad y a la obediencia. Sirve también de adorno a las aguas, es

decir, a la facultad concupiscible, que hace que el hombre se derrame (como el agua) en obras de misericordia. Ahora bien, las regiones etéreas de esta virtud razonable están adornadas de una infinidad de pájaros, es decir, de obras diversas. Pero, entre las aves, unas evolucionan sobre la tierra, otras nadan en las aguas, otras más vuelan en los aires, y en fin, hay algunas que vuelan en las regiones superiores del aire, no lejos de la hoguera de llamas. Las que andan sobre la tierra significan los hombres que distribuyen liberalmente los bienes y cuidados temporales a los pobres, según la medida indicada por la razón; los que prestan servicio a sus semejantes en todo lo que mira al cuerpo. Pero hay que derramarse como las aguas, hasta los confines de la tierra, por la compasión, la conmiseración y la misericordia con las necesidades de todos; y los que lo hacen son los más útiles de los hombres, socorriendo al género humano en las necesidades del alma espiritual. Hay que volar así en las regiones de la virtud razonable, es decir, escrutar todas las acciones de su vida según la rectitud de la razón. Los que obran así son muy útiles a si mismos. Hay, en fin, que cernirse como el águila más allá de las regiones de la virtud razonable, hasta la hoguera del amor divino; es decir, referir en el ardor de nuestros deseos todas nuestras acciones y nuestros esfuerzos al honor de Dios. Así tenemos ya tres facultades inferiores del alma adornadas con tres virtudes: la Irascible adornada por el temor amoroso o filial, la humildad, la obediencia y el renunciamiento; la Concupiscible adornada con la mansedumbre, la piedad, la compasión y la liberalidad o largueza; la Razonable, en fin, adornada con la ciencia y el discernimiento que regulan todas las cosas. Se obtienen estas virtudes y se persevera en ellas, para la perfección de la vida activa, por la razón, como se ha dicho: El que obra así tiene la aptitud y la preparación necesarias para todas las virtudes y para la adquisición de todos los dones de Dios.

CAPITULO XIX

Lo que hay que hacer para poseer el don de Ciencia; de sus impedimentos y de las causas de su ruina.

El que quiere obtener el don divino de ciencia, con todas las ventajas que de él resultan, debe hacer de modo de tener el alma tranquila y sin acritud, gozando de una gran paz en las grandes adversidades, para soportar con igualdad de alma las maldiciones, los odios y las cóleras de los hombres; considerar todas las cosas con sagacidad y rapidez, conocerlas sin ambigüedad ni confusión, para saber lo que hay que hacer en tal o cual circunstancia, para dar o recibir; administrar con probidad, regular y gobernar cada cosa, esto es, llevar una vida conforme a la verdad; así también velar sobre todos los actos y sobre sí mismo, examinarlos y observarlos, esto es, iluminar su vida con el sol de justicia para reconocer que no tributa a Dios ni a los hombres todos los deberes que sería menester, sino que se aparta siempre del camino de la perfección, lo que hace que conozca sus propios defectos e imperfecciones. Y conociendo estas cosas detestará su propia abyección, buscará las causas de su mal, se acusará a sí mismo en la tristeza de su alma; y por estos medios poseerá las virtudes en su elevación y su grandeza.

Pero hay cuatro obstáculos que se oponen a que el hombre obtenga y posea, en un supremo estado de perfección, el don de ciencia. Estar abrasado por un deseo ardiente de las virtudes, sin una justa reserva, es un impedimento para la ciencia. Tener el corazón ocupado e inquieto en las acciones virtuosas, oscurece y atonta la razón. El que se complace en sus propias virtudes y no inquiere sus defectos, no posee el verdadero conocimiento (de sí mismo). El que, pasando su vida en el mundo, no desea verse libre del destierro, carece del don de ciencia. A estos cuatro primeros obstáculos pueden añadirse otros cuatro, que arruinan, transforman y eliminan toda virtud. El alma irascible, que hierve de cólera, está privada de ciencia. Los gestos torvos. La faz cruel, los juramentos, las maldiciones son las señales del hombre privado de sabiduría, de discernimiento y de razón. Atribuirse todo en materia de virtud y no conceder nada a los otros, es de un hombre que se conoce poco. Estar contento del mundo y no gemir con sus males es encaminarse a la condenación.

CAPITULO XX

Del don de Fortaleza, y de las virtudes que de él dimanar

El cuarto don de Dios para ataviar la belleza del alma es la fortaleza espiritual. Del modo que los tres dones precedentes adornan, regulan y ordenan al hombre en la vida activa, interior y exterior, así este (cuarto) don adorna al hombre interior y exterior en la vida afectiva. Esta fortaleza espiritual eleva al alma por encima de todas las cosas temporales y muestra a la razón las propiedades de las personas divinas, a saber: el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la bondad del Espíritu Santo; abrasa el corazón con cierto amor sensible, de suerte que la memoria se desembaraza, por causa de Dios, de todo cuanto no es El; la razón contempla, en todas sus obras, la eterna verdad; y el hombre está como penetrado e inundado de ese amor efectivo y sensible por un Dios tan bueno. En fin, todas las fuerzas exteriores o interiores del alma se elevan y unen a Dios, de tal suerte que un hombre así descuida y menosprecia todo lo que pertenece al mundo; a tal punto que ninguna criatura puede impedirle abandonarse y ofrecerse a la bondad divina cuantas veces lo quiera; lo que prueba que se ha desligado de toda criatura y que no está en absoluto bajo la dependencia ni sujeción de nadie. Y por ello es fuerte, pues que ha vencido a la materia y ha enderezado todas las acciones del alma (para someterlas a Dios). De esta fortaleza, de este abrasamiento de amor emanar la manifestación de alabanza y de honor, la devoción, las súplicas interiores y piadosas de la boca, del corazón y de todas las obras no fingidas; y por ende, la sensibilidad del deseo y el ardor de amor aumentan. Pues el objeto propio, que es la verdad eterna, la infinita sabiduría, la bondad y el amor, son tan deleitables a la contemplación, que el deseo aumenta sin cesar por acrecentamientos nuevos y mayores. Ahora bien, el corazón del hombre es herido por ese deseo y esa visión, y siente esa herida en toda su profundidad; y cuanto más la examina, más ella se dilata. A veces extrae de allí una consolación y una suavidad tal que apenas puede contenerla y no sabe cómo debe proceder. Piensa, en efecto, que nadie ha experimentado esa dulzura; se halla en tal alegría que no puede moderarla. A veces, cuando en secreto se eleva a las regiones superiores (pues Dios no quiere que el desprecio hiera a sus amigos) lo invade a tal punto la impotencia de sostener el esfuerzo de su alegría interior y exterior, que se imagina que su corazón va a estallar y que va a entregar el alma; y esto lo pone en una especie de ebriedad, de locura: de este modo vuelve Dios a sus amigos locos de felicidad.

A veces esta locura alcanza un estado grave, y es fuerza que se derrame en lágrimas y gritos cuando el paciente es atacado y acometido, desde que ve y comprende, en el brillo o la manifestación de la luz divina. De todos estos efectos nace un gran deseo de satisfacer a Dios en cada virtud; y esto, por el don divinamente operante y eficiente de la Fortaleza. De éstos dice el Señor: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam* (Mt. V, 6). Y esta justicia consiste en que, separados y desembarazados de todas las criaturas por la intención, el deseo, la afección, el alma, el cuerpo, los ojos, las manos y todas nuestras facultades, nos elevemos hacia lo alto a fin de tributar a Dios, en el tiempo, la alabanza y el honor, sin buscar en ello, empero, nuestra deleitación; pues esta duplicidad impide la justicia, si bien el que se ha consagrado al Amor experimenta siempre grandes alegrías. El que ha recibido el don de Fortaleza en este grado de perfección, puede ser comparado justamente a los espíritus angélicos del cuarto orden; y ser recibido en su coro y compañía. Estos espíritus son llamados Potestades, es decir, los príncipes poderosos ante el trono de la adorable Trinidad, que se elevan sin fin por el ardor de su amor, a las regiones superiores del cielo; y pueden contemplar por sí mismos la Santísima Trinidad e iluminar a todos cuantos se les parecen en la unión de ese amor. Señorean sobre los tres órdenes de la jerarquía inferior, porque los aventajan por su amor; y están dotados de un conocimiento mayor que los que están destinados para regular, gobernar y ordenar la vida activa. Además, su más excelente ocupación es la de alabar a Dios sin cesar y con todas sus fuerzas; y pueden refrenar a los demonios, no sea que, con sus deseos perversos y corruptores, perjudiquen a los hombres y les pongan obstáculos. Quienquiera esté dotado de esta fortaleza espiritual guarda cierta semejanza con la divinidad de Dios Padre y con la humanidad de Cristo. En efecto, según la naturaleza de la divinidad, el Padre eterno contempla sin cesar por la memoria la unidad de su fecunda naturaleza paternal; y por la mutua contemplación de las dos personas en una sabiduría, que es el Hijo, emana o procede el Amor inmenso e infinito, es decir, el Espíritu Santo; por este Amor, el Padre y el Hijo no forman más que uno; y estas dos personas están siempre hambrientas de amor; y esta hambre no es otra cosa que el deseo de conservar continuamente esa unidad y de operar sin interrupción en la Santísima Trinidad. Pero Cristo, según la humanidad, con todos sus sentidos y todos sus miembros, estuvo y está aún ahora elevado (a ese estado) por el deseo; en todas sus acciones y toda su vida no buscaba ni consideraba sino la gloria del Padre, y no aspiraba sino a tributarle honor y alabanza, en la completa abnegación de sí mismo —lo que fue una gran humillación—, para romper nuestros lazos y satisfacer a la justicia. Quien llega a poseer en ese grado el don de Fortaleza, ha adornado el cuarto elemento del fuego, es decir, la voluntad libre, con brillantes virtudes. El fuego, en efecto, constituye un adorno para los otros elementos: reivindica para sí el primer lugar y el más digno; por su naturaleza y elevación natural, se dirige siempre hacia las cumbres; obra y opera sutilmente en todas las criaturas. Y puede razonablemente compararse a la voluntad libre, puesta en acción por el don de la Fortaleza divina; puesto que esta voluntad tiende siempre a

las alturas, en el ardor de sus deseos, lo que es atribuido al alma en virtud de un don de la munificencia divina, a fin de que ella no pueda complacerse largo tiempo en todas las criaturas que hay en el mundo. Que arda, pues, con ese fuego que la eleva por el deseo hacia las cumbres; y adornada así con la dignidad y nobleza verdadera de las virtudes, la calumnia no le hará mella, a causa de su hermosura y de su grandeza.

CAPITULO XXI

Cómo puede obtenerse en grado eminente el don de Fortaleza: lo que lo impide, lo que lo aleja.

El que quiere poseer excelentemente y de manera sublime ese don (de Fortaleza), debe hacer de modo de elevarse por encima de todas las cosas mortales y de tender a los bienes interiores. Contemplar la bondad divina y evitar todo lo que difiere de ella, es propio de la Fortaleza espiritual, como aplicarse sin cesar, con extrema diligencia, a tributar honor y alabanza a Dios todopoderoso. El que es introducido en el palacio del Rey de los cielos, debe emplearse únicamente en glorificarlo. La herida del corazón engendra el deseo y un hambre insaciable. El que pueda soportarla hasta que Dios venga a aplicar el remedio a la llaga, ese tal llevará realmente una vida excelente y perfecta. Estar siempre hambriento de tributar a Dios un justo tributo de alabanza y de honor, es saber conducirse a sí mismo para alcanzar la eterna bienaventuranza. Hay cuatro impedimentos para el hombre que desea esta fortaleza espiritual: buscar las cosas extrañas y amar el placer, en la placidez de su alma; desear ardientemente lo que place y halaga el gusto, que son cosas extrañas; complacerse en el goce, de donde emanan muchos inconvenientes y miserias que disminuyen la vida interior; finalmente, no sentir gran hambre; los que son así distan mucho de la perfección y no pueden alcanzar la perfecta justicia. Hay otros cuatro impedimentos que abaten la fortaleza espiritual, la persiguen y expulsan. Tener el corazón inquieto y ocupado, entregarse a las malas acciones, es despojar (a su alma) de la devoción y de toda vida interior. El que nunca es admitido en el palacio de Rey eterno, no sabe lo que es alabar a Dios, porque no siente ningún deseo de hacerlo; y como nunca ha recibido, ni afuera ni adentro, la herida del amor (divino), está enfermo de odio. Los que no sienten ningún amor ni ningún deseo, no pueden ser sanados. Quienquiera que lea atentamente estas cosas, comprenderá que ello basta para que los que se hallan en ese estado no tengan nunca el hambre de la justicia.

CAPITULO XXII

De algunas elevadas virtudes y obras más espirituales que proceden del don de Fortaleza.

Pero hay otras virtudes más sublimes y obras más espirituales que emanan de ese don de fortaleza espiritual. En efecto, desde que ese don excelente eleva el espíritu libre y todas las fuerzas del alma hacia el amor, la alabanza, la libertad y hasta la contemplación de la grandeza, de la sabiduría, de la bondad, de la caridad, de la inagotable riqueza que provienen de la sublime unidad, el hombre que alcanza ese estado de perfección se da perfecta cuenta de que está muy lejos de ofrecer a Dios el tributo de alabanza, de honor y de adoración que le es debido. Vuelve entonces la mirada hacia las criaturas que, en la senda del destierro, vagan fuera de la verdad. Y esta vista hace surgir en él un sentimiento de compasión y de conmiseración cuando advierte los graves peligros que corren los hombres que, siendo tan miserables y sujetos a tantas calamidades, podrían, si lo quisieran y a ello se acomodaran, alcanzar los inmensos tesoros, los honores, las delicias, y servir a Dios amorosa y honorablemente; y, no obstante, descuidan y pierden todas estas cosas (inestimables). Y esta revelación (de la locura humana) le causa tal dolor, que los que no lo han experimentado no pueden concebirlo. Y de nuevo abre sus ojos, ya sobre la infinita misericordia de Dios, su liberalidad, su bondad, su conmiseración, su piedad, ya sobre las necesidades del hombre miserable.

Y por esta consideración un inmenso amor hacia Dios y los hombres se manifiesta en él; y al mismo tiempo, el recuerdo de la persona de (Cristo) vuelve a su memoria; y siente por él una devoción absoluta; y si ningún obstáculo llega a trabar su vuelo, se convierte como en mediador e intercesor entre Dios y los hombres. De ahí nacen las súplicas íntimas y devotas cuya fuerza y eficacia es tal, que pueden obtener más gracias de lo que podría decirse. Cuando, en efecto, la bondad infinita de Dios se muestra tan benéfica, tan liberal, tan opulenta y tan favorable a todos los mortales y se derrama con tanta profusión, inspira tan gran confianza al que ora con ese fervor, que ha de obtener fácilmente todo cuanto pide. Con todo, no debe pedir ni desear nada según su propia voluntad, con empeño y obstinación; sino que su voluntad debe descansar en la bondad infinita de Dios.

Reconoce, en efecto, que la caridad divina para con los hombres es mucho más grande que todo cuanto ella ha hecho por la humanidad. Por eso confía y encomienda a ese amor infinito, a esa caridad, a esa beneficencia, las necesidades todas de la Cristiandad y todo cuanto puede serle útil. Considera además, en el reino celestial, a los bienaventurados y a los santos, a fin de que, por ellos, pueda obtener más fácilmente los dones divinos de gracia y de gloria, y a fin de que Dios, a semejanza del mar inmenso, se derrame con toda la efusión de sus delicias incomprensibles y afluya a todos los que son capaces (de su presencia); y al retirarse de nuevo, los arrastre hacia él y los haga penetrar en el vasto océano de su eternidad. Pues, como quieren ser uno con él, y éste es su único fin, no pueden quedar y perdurar en sí mismos, sino que se esfuerzan por afluir y refluir en el verdadero amor. De ahí proviene también una ardiente hambre de justicia. Los que son sobreelevados a esta altura son, por así decirlo, gigantes y héroes insignes, adornados de sublimes y excelentes virtudes, a los que nadie puede acusar ni condenar, porque llevan una vida verdaderamente perfecta; y es de ellos de los que Cristo dice: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos. *Beati qui esuriunt et sitium justitiam quoniam ipsi saturabuntur* (Mt., V, 6).

Mueren a su voluntad propia, para entregarse tan gozosa y libremente a la voluntad divina, que nada pueden escoger ni desear sino lo que Dios quiere, en el tiempo como en la eternidad. Pero serán saciados en el futuro y eterno reino de Dios, pues allí todo será acabado y completado según la regla de la justicia; y se brindará a cada uno en el cielo, en la tierra y en los infiernos, lo que conviene y es justo. Y de ahí que los justos serán hartos, lo que será conforme a su voluntad justa y equitativa. Los que alcanzan ese grado de fortaleza espiritual son semejantes a los espíritus angélicos del quinto orden; se los sitúa en su sociedad y compañía. Los espíritus angélicos de este orden son llamados Principados, y son mucho más elevados en dignidad que las Potestades. Pues las Potestades se elevan por el deseo hasta Dios, para tributarle sin fin un culto especial; pero los Principados tienen una virtud de adoración y de alabanza mucho más sublime. Y a causa del amor a Dios que ellos arden, deseando aumentar y promover la alabanza y el honor que le son debidos, sin poder, empero, ofrecerle ese testimonio en justa proporción con el ardor de su deseo y su incomprensible dignidad, les parece claramente que Dios no es, por así decirlo, honrado ni por ellos ni por ninguna criatura. Y esto los hace considerar a las criaturas racionales en cuanto están, como ellos, creadas para tributar honor y alabanza a Dios. Entonces contemplan a los hombres miserables, sumidos en su ceguera y siguiendo las vías del error, en la impotencia absoluta de sí mismos y de todas sus facultades, a causa de sus pecados y de su perversidad; y por esta consideración son presa de una inmensa piedad y misericordia y se unen a ellos amigablemente y los encomiendan a Dios en el ardor de su solicitud, a fin de que siga cubriéndolos con su bondad y los atraiga de las cosas efímeras y extrañas hacia las eternas; para que sea honrado para todas las criaturas y éstas merezcan al fin

gustar y gozar de él por toda la eternidad. Y éstos son príncipes todopoderosos y fuertes, que habiendo alcanzado las esferas superiores, se vuelven e inclinan hacia las criaturas; y tienen autoridad para mandar a los espíritus angélicos del cuarto orden, es decir, a las Potestades, a fin de iluminar a los hombres que andan por los caminos de lo alto, para que persistan en la alabanza que tributan a Dios. Las Potestades, en efecto, tienden hacia las cumbres y por esta razón no sabrían descender hacia las regiones inferiores; eso les excede. Por esto pueden iluminar, conservar, proteger y arrastrar siempre hacia una perfección mayor a los hombres que se les parecen y también a los que les son inferiores, en la vida activa y en la última jerarquía de los ángeles.

Quienquiera que alcanza perfectamente esta fortaleza espiritual, tiene cierta semejanza con Dios, tanto en su naturaleza divina como en su naturaleza humana. Dios, en efecto, según su divinidad, se contempla a sí mismo en toda su opulencia; su desbordante e interminable felicidad, como asimismo en su bondad, su caridad y su liberalidad; y, considerando al mismo tiempo a los miserables que están alejados de él por desviarse hacia las cosas vanas, efímeras y extrañas con una voluntad perversa, sin ningún cuidado de él ni de sus dones, siente por ellos una conmiseración y una piedad inefable, porque no puede darse a ellos e impartirles sus dones; pues que no tienen cura y no quieren recibirlos.

Permite, pues, que las guerras estallen, que las fortunas se pierdan, que los incendios ardan, para que ellos reconozcan de este modo su mano que los hiere. A unos da la salud, a otros se la quita, a éstos los hace ricos, a aquéllos los abruma con cargas onerosas. Regocija a los unos, encorva a los otros bajo el peso de la tristeza y del dolor; a algunos los cubre de eterna ignominia, a fin de que reconozcan y recurran a aquel que los puede salvar. Pero todo esto lo hace por un exceso de amor y de fidelidad. Por eso aquellos que, reconociendo el dedo de Dios, quieren volver a su verdadero Señor y convertirse a él, éstos pueden también corregir sus vicios y perseverar en su amor. He escrito estas cosas largamente y con prolijidad, a fin de atraer más la atención sobre la infinita sabiduría, la inefable misericordia y la inmensa caridad de Dios. A veces Dios, por un amor singular, los empuja al cumplimiento de toda clase de bienes, según su dignidad y su mérito. Y la Sabiduría eterna considera, en el cielo y en la tierra, los impulsos y deseos amorosos, a fin de unirlos con un lazo sublime, en su maravilloso esfuerzo y la plenitud de su virtud. Pero la caridad y el amor, es decir, la largueza infinita e inagotable, se derrama con todas sus riquezas y con todos los tesoros de sus dones. Por eso el que puede beber en ella colma fácilmente toda su capacidad. Empero, lo que se recibe es cosa creada y por consiguiente, efímera. Y, sin embargo, toman y beben siempre, y no quieren retirarse antes de haber recibido todo. Pueden, sin embargo, si lo quieren, pero arriesgan como consecuencia el ser despojados por entero. Ahora bien, se acostumbra decir que la cosa guardada es suficientemente provechosa, si rinde su precio. En efecto, no pueden tener presente todo lo que contemplan, pues se encuentran frente a la Unidad que exige una capacidad mucho más amplia que la de ellos. Nuevamente, con todo el esfuerzo que pueden producir, refluendo hacia adentro, gustan de la unidad. Y después, los arroyos de gracia y de gloria se derraman sobre todos, según su excelencia y su dignidad. Y este flujo y reflujo producen un hambre eterna. Mientras se derraman interiormente por el deseo, sienten, el hambre y gustan la unidad; y como no quedan nunca sin esta unidad, sienten un hambre perpetua mezclada a un deseo ardiente.

Ahora bien; Cristo, según su humanidad, poseyó en su absoluta perfección el don de Fortaleza; a tal punto, que el ardor de su deseo tendió siempre hacia todo lo que podía procurar el honor y la gloria de su Padre. Asimismo, con una compasión y una misericordia infinita, se inclinó sobre todas las necesidades de los pecadores y dirigió y dirige siempre a Dios Padre súplicas ardientes por todas sus miserias. En verdad, si alguien tuviera verdadera fe, obtendría todo lo que quisiera. Se dirigió y se dirige siempre hacia los buenos y los malos con tal benevolencia, que no desdendió sacrificarse y morir para rescatarnos y pagar nuestras deudas; y nos da su carne como alimento y su sangre como bebida, a fin de penetrar y poseer nuestro cuerpo, nuestra alma y todas nuestras facultades y a fin de comemos, es decir, de atraernos a él, de tal suerte que lo poseamos en la sed y el ardor de nuestro amor, y a su vez él pueda poseernos por su gusto penetrante. Y esto se llama comer y ser comido ¿Qué diré del que no desea ser comido por Cristo? (Jn. XIV; Heb. VIII, IX, XII). Como Cristo es nuestro camino y nuestro mediador, el que es comido por él se disuelve plenamente y se funde en la Unidad. ¿Y qué tiene de extraño que en la violencia de su deseo seamos comidos, pues que su deseo es inmenso? Pero al comer y ser comidos de esta suerte, es el hambre de justicia lo que saciaremos sin cesar, no sólo durante el corto espacio de esta vida, sino durante los siglos sempiternos.

CAPITULO XXIII

Que la voluntad libre se asemeja de cuatro maneras al fuego.

Quien adquiere, por la razón, ese don divino, adorna el cuarto elemento del fuego, es decir, el libre albedrío o la voluntad, que de cuatro maneras tiene cierto parecido con el fuego. El fuego, en efecto, por la nobleza innata de su naturaleza, tiende siempre a subir más alto; pero, por la poderosa virtud del cielo estrellado o firmamento, y por el orden divino, es rechazado y vuelve a las profundidades. Posee en su sutilidad, su invisibilidad y su espiritualidad la fuerza de acción y eficacia sobre todas las criaturas inferiores.

Por él, todas las cosas creadas en la tierra, en las aguas y en los aires viven, crecen y se conservan. Conserva, en fin, su superioridad sobre los otros elementos, alumbrando, calentando y fecundando todo cuanto existe sobre la tierra. Estas cuatro virtudes se encuentran igualmente en la voluntad libre adornada con la fortaleza divina. Una voluntad tal, en efecto, rompe, arroja y sacude el yugo de la servidumbre diabólica y de todas las criaturas en cuanto a sus vicios y goces. Y eleva el alma y todas las facultades del espíritu a la alabanza eterna que debe a su Dios y Señor. Y obtiene, para poseerla en una perpetua estabilidad (la unión con Dios) **(1)**. Y volviéndose hacia las cosas interiores examina, con verdadera misericordia, las necesidades de todos los mortales; y deseándolo, se esfuerza en hacer fecundar en todas las virtudes a las criaturas; y si no puede obtenerlo se desconsuela y contrista. Finalmente, al modo del fuego, que consume, absorbe y resume en la unidad todas las cosas, se lanza ella de nuevo, con devoción y fervor intensos, hacia las cosas de lo alto. Pero esto basta para hablar del fuego.

(1) *In ipso vivimus, movemur et sumus.*

CAPITULO XXIV

Por qué medios se obtiene esa Fortaleza; qué es lo que la impide, y qué es lo que la destruye enteramente.

Si alguien desea obtener y poseer esta fortaleza, debe hacer de suerte de avivar su deseo; y, evitando las ocupaciones frívolas, no vacar sino a la contemplación de la divina bondad, de la opulentísima y liberalísima Caridad. Que considere también las criaturas racionales que se entregan miserablemente al mundo y a él se

apegan; y por consecuencia, son lo bastante insensatas y miserables para no adorar y alabar a Dios con todas sus facultades: se privan así de esas delicias que son la comida y la bebida de los amigos de Dios y que producen a éstos una dulce embriaguez. Ruegue a Dios que tenga compasión de esos miserables y, conforme a su clemencia, derrame sobre ellos las olas de su caridad; a fin de que, vueltos a él para tributarle honor y alabanza, afluyen a la unidad (divina). Todos los que tienen así hambre de justicia, poseen una salud perfecta. Y los que se encuentran en este estado no deben dudar de que pueden ascender al grado supremo de la fortaleza espiritual. Hay cuatro especies de impedimentos para que el hombre posea ese don de fortaleza: No considerar piadosamente la bondad de Dios y las obras malas y perversas de los hombres; esto es señal de una gran indiferencia y de una horrible ingratitud. Quien no siente un gran dolor al verlos errar tan miserablemente en el olvido y abandono de Dios, no es apenas misericordioso. Del mismo modo los que, desde el fondo del alma, no desean y piden que se conviertan para acrecentar el honor y la gloria de Dios, no tienen más que una devoción tibia y endeble. Los que no arden con un deseo ferviente, no resucitarán para las altas esferas; y esto se concibe, porque su hambre (de justicia) no es grande.

Hay otros cuatro impedimentos que arrancan y destruyen todas las virtudes. No preocuparse de Dios ni de los hombres es signo de una gran impiedad de una extrema infamia y de profunda ceguera. El que no se contrista al ver que aquéllos no se unen a Dios para recibir raudales de gracia, está exento de misericordia. No dedicarse a la alabanza divina, y no pedirlo y desearlo para cualquiera, es señal de celos y de rencor. Los que no sienten hambre de justicia, para cumplir con los deberes que ella exige, éstos, con toda evidencia, no resucitarán a la fortaleza espiritual.

CAPITULO XXV

Del don de Consejo.

El quinto don del Espíritu Santo, que procura belleza al alma, es el Consejo. En efecto, por el don de Fortaleza, el hombre se dirige hacia Dios para consagrarse a su amor y a su alabanza; y luego se inclina, por compasión y misericordia, hacia los hombres entregados al pecado; y, elevando de nuevo su alma a Dios por la oración y los santos deseos, le pide que tenga piedad de esos miserables y que les otorgue su gracia, a fin de que con su auxilio se conviertan a su gloria. Pero para obtener que Dios sea verdaderamente alabado, es preciso que el hambre (de justicia), el amor y el deseo aumenten sin cesar. Si Dios, en efecto, se prodiga en su largueza, en su bondad, en su opulencia, en su amabilidad y en la plenitud de sus delicias, de su suavidad y de su alegría, el hombre debe concebir que ello es en virtud de la plenitud de los dones del Espíritu Santo, que es el Amor inmenso. Y al considerar esos dones infinitos, se asegura que le interesa adquirir esas propiedades, pues la bondad infinita posee también la plenitud de dones infinitos. Y mientras considera y experimenta el amor y todo cuanto le ha infundido de gracias y de dones divinos, observa fácilmente que Dios se derrama sin cesar con todos sus dones sobre las criaturas (susceptibles de responder a ese amor). Y por ese motivo su amor se impacienta y no puede menos que refluir con todas sus facultades, en cuanto le es posible, hacia la sublime Trinidad y la inefable Unidad; y de este modo su deseo se inflama de nuevo y se transporta hacia esa unidad. Ahí germina el don de Consejo divino, que es como un toque, una inspiración en el hombre, partiendo de la eterna generación del Padre, que engendra al Hijo en las alturas del espíritu, es decir, por encima de la razón, en la esencia del alma. Este toque hace al alma maravillosamente noble y sobrenatural; pero no puede ella captar ni comprender las causas de lo que siente, a pesar de que se esfuerza por descubrirlas; cuanto más las busca, menos las descubre. Y es ésta una singular y especial operación del Padre en la memoria del alma, que logra por él sumergirse amorosamente y con la impaciencia de su amor en la sublime unidad de su espíritu; no significa, sin embargo, que sea ésta la unidad de la naturaleza divina, en la que el Padre engendra a su Hijo y se posee a sí mismo en la fecundidad de su naturaleza, y en que las personas, por virtud de la caridad, refluyen sin cesar interiormente en la inmensidad de su amor. En efecto; el alma no experimenta en ese grado la unión con Dios; si de otro modo fuera, se encontraría en un estado sin medida y sin límites y en el amor de posesión y de goce. Pero goza de esa unión a la manera de la criatura, que no alcanza ese grado de sublimidad; y es esa una imagen de la unión divina que estimula la impaciencia del amor.

Por este contacto del alma y esa generación del Hijo, es decir, de la eterna sabiduría, brota en el alma inteligente una deslumbrante luz que alumbra la razón con un resplandor singular. La sabiduría de Dios procura esta luz a fin de hacer semejante a sí a la inteligencia del alma, alumbrarla y elevarla; y la razón (humana) recibe esta misma luz, esta irradiación o iluminación cuantas veces se eleva por amor para sumergirse en la unidad (unión con Dios). Por lo demás, lo que la razón así iluminada quisiera alcanzar, es qué es lo que impide que pueda permanecer en esa unión tan hermosa y deleitable y también de dónde proviene este toque y en qué consiste; inquiriéndolo con sutileza y diligencia, considerándolo con penetración, descubre ella en su propio espíritu una vena de agua viva que proviene del caudal mismo de la vida fecunda que es la unidad de Dios y el origen de las personas, de donde depende y deriva la unidad del alma. Ese caudal es, en efecto, fecundo; es el principio y fin de todas las cosas creada. Ahora bien, esa vena bullente produce un toque tan admirable, tan deleitable para el entendimiento y tan dulce, tan amable y tan deseable para la voluntad, que el alma es presa como de un ardor e impaciencia amorosa y de un deseo inmenso.

Se esfuerza, pues, de nuevo en inquirir y reconocer lo que le impide permanecer plenamente en la posesión de Dios y de sí misma. En consecuencia, desea hacer el examen atento y detallado de su reino, en las regiones superiores e inferiores; y en esto, grande es la prontitud y la celeridad de la razón. Es por eso que examina esa región suprema, a la que se halla fija por la unidad de su espíritu, de donde provienen tres sublimes facultades, para refluir al mismo punto, es decir, a la misma unidad de su espíritu; donde vive igualmente este toque (esta inspiración) y la vena que brota de la fuente divina. Y esta unión del espíritu (con Dios) es la chispa (que inflama) o la fuente (de donde brotan) todos los dones de Dios, según el grado de las virtudes y su nobleza. Sin embargo, en ese grado, esa misma chispa permanece desconocida; a no ser que el alma siente una impaciencia amorosa. Ahora bien, los que están establecidos en la vida activa no perciben esta chispa de manera tan sublime; aunque, sin embargo, todo su amor y todas sus virtudes les vienen de esa misma chispa. Lo que impide que sientan esa chispa en una altura tan grande de la razón, es que no han subido bastante alto en el reino del alma y por la fuerza de su deseo, sino se arrastran todavía en las regiones inferiores. Esa chispa viene de Dios a las regiones supremas del alma; es criatura, en cuanto puede ser comprendida y sentida por el alma; y es Dios en cuanto no puede ser asida por ella; lo que es causa de su impaciencia. Aquí el alma permanece siempre en la unión (divina) según el espíritu; y con sus facultades procede hacia afuera en los actos exteriores; más, conforme al fondo de sus virtudes o a la esencia de éstas, persevera interiormente en la unidad del espíritu (con Dios). A veces, sin embargo, si quiere con todas sus fuerzas seguir esa vena que destila miel, puede descubrir la fuente de

agua viva de donde brota esa vena; y cuanto más aumenta su deseo, más se impacienta y experimenta los efluvios de amor. Pues el deseo creado o de la criatura no puede alcanzar perfectamente a Dios porque obra de cierto modo y en virtud de un amor creado, y esto hace que el alma esté siempre en esta fiebre de amor; lo que es muy hermoso, pues extrae de allí cierta semejanza con la Santísima Trinidad. Pero (el deseo), advirtiendo que no llega a nada y que sus esfuerzos van a pura pérdida, con su alta memoria examina, palpando todo el dominio del alma, si no habrá alguna cosa que haya que disponer, ordenar, regular. En consecuencia, manda dos enviados al reino del alma; uno es la razón ilustrada por la sabiduría divina; el otro es la agilidad, la prontitud puesta en acción, sea por el contacto o la impresión del padre, sea por esa hoguera de amor, esa santa locura que incuba en el fondo del alma. La celeridad recorre con una prodigiosa rapidez todo el reino y esto bajo el impulso del Señor que la envía y bajo la efervescencia del amor que la abrasa. Pero la razón iluminada examina y considera atentamente, pues es sierva de la eterna sabiduría. Así la prontitud y la razón marchan concurrentemente en el reino (del alma) y regulan y ordenan todas las cosas. Encuentran allí gran penuria de virtudes y de todos los ornamentos que constituyen las obras buenas y meritorias. Y aunque la razón pueda notar y observar estos defectos, no cuenta con nada, sin embargo, para subvenir y remediar esa miseria. Por eso suben ambas más alto, recurren a la unión (con Dios) y encuentran al sublime amor completamente febril e impaciente por saborear a Dios. Pero el amor, conociendo la gran penuria de bienes y de virtudes que desuena el reino del alma, toma consigo a sus dos hijas, la misericordia y la liberalidad o caridad; y en compañía de la razón iluminada y de la celeridad, sierva de todas ellas, acuden juntas al reino del alma. Y la razón iluminada ordena y regula todo según la justicia. El amor retribuye regiamente todas las cosas y extiende el manto de la misericordia sobre todas las miserias; y el hombre que es así regula, dirige y ordena el reino del alma conforme a la razón, arroja una mirada de compasión sobre todas las miserias y da liberalmente a los indigentes que están privados de ese reino; y así posee su propio reino, en la unión que procura el amor. Esto es lo que se llama la vida afectiva, amante de la verdad; los que son así observan excelentemente los consejos divinos y aman a Dios con toda su alma. Son éstos de quienes Cristo dice: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur*. Son, en efecto, realmente misericordiosos aquellos a quienes Dios y la caridad arrastran e impulsan a la acción en todas las regiones superiores e inferiores del dominio del alma, para compadecerse de todas las miserias, y se unen así, en tan alto grado, por la imitación, a la misericordia de Dios, que no pueden llevarla más lejos. Se los puede comparar bastante oportunamente con los ángeles del sexto orden; pues pertenecen a su compañía y sociedad. Estos espíritus son llamados Dominaciones porque aventajan a las cinco milicias inferiores; ilustran, rigen, ordenan los órdenes inferiores de espíritus angélicos porque son más perfectos y más adornados de virtudes; y acostumbran conversar, de manera espiritual, con los hombres que se les parecen por sus virtudes y por la belleza de su vida. Finalmente, ponen en movimiento el cielo, para subvenir a las necesidades de todas las criaturas que están en la tierra, en las aguas y en los aires. Estos hombres tienen también alguna similitud con la altísima y fecundísima naturaleza divina. Pues la sublime naturaleza de Dios Padre, que es causa inicial y principal de todas las criaturas por su fecundidad, no puede menos que engendrar sin cesar, en la unión de su paternidad, a la Sabiduría eterna, que es el Hijo del Padre. Y este Hijo de Dios incesantemente engendrado, sin renovación (de tiempo) sigue siendo (en su esencia) engendrado. Pues está en el Padre como en su propia y eterna fuente, de la que sale sin dejar de permanecer en ella; nace de ella, y en ella queda; y sin embargo, es el único y mismo Hijo. Pues cuando el Padre ve a su Hijo, eterna sabiduría, ve al mismo tiempo todas las criaturas (en esta sabiduría); y entonces es engendrado el Hijo, y es la segunda persona del Padre (1).

Y como el Padre, en virtud de esa misma sabiduría, considera a este Hijo, el Hijo es engendrado eternamente por él. Ahora bien, aunque la naturaleza del Padre es siempre fecunda, sin embargo (según la esencia), el Hijo es engendrado. Pues en las tres Personas divinas la esencia es la misma, y cada una de ellas está en las (otras dos). Por la fecundidad de naturaleza, el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo. Cuando el Padre engendra al Hijo, el Hijo sale del Padre. En fin, donde el Padre contempla al Hijo, y en él todas las cosas, allí es engendrado el Hijo. Y sin embargo, no es más que el mismo y único Hijo de la fecunda naturaleza (del Padre). Y no es de esta generación, por la que el Padre engendra al Hijo, de donde procede la Caridad, que es el Espíritu Santo. Sino que, cuando el Hijo engendrado por el Padre, segunda persona del mismo, mientras el Padre contempla al Hijo y en él y con él considera al mismo tiempo todas las criaturas, de nuevo el Hijo contempla al Padre, generador fecundo, y se contempla a si mismo y a todas las cosas en sí; y de esta mutua contemplación, en la misma fecunda naturaleza, procede el amor, que es el Espíritu Santo, lazo de los dos (es decir, del Padre y del Hijo). Y este amor abraza y penetra las personas y las hace comunicar interiormente en la unidad, de la que el Padre engendra eternamente (al Hijo). Pero aunque de nuevo refluyen hacia la unidad, no permanecen en ella, a causa de la fecundidad de su naturaleza. Y esta generación, este reflujo hacia la unidad es obra de la Santísima Trinidad; de ahí proviene la trinidad de Personas y la unidad de naturaleza. Y por esta Trinidad, Dios, que quiere ser adorado, cumple todas sus obras. De la unidad proviene la generación y el reflujo de las personas a la misma unidad, con un ardor inmenso de amor, un infinito deseo y una mutua complacencia. No podrían, empero, permanecer en esta unidad, porque esta unidad es fecunda y es la esencia (el fundamento de las propiedades) de las personas; es éste el modo supremo de la forma divina, por debajo de lo que está exento de forma. Y por esta razón no es ésta la beatitud que goza de Dios; pues la unidad de que hablamos consiste en la fecundidad de

naturaleza, lo que hace que en ella no se muestre el goce durable, pues que la bienaventuranza que goza de Dios se encuentra en que está exento de manera (o de forma) y en la inmersión o difusión de las Personas, según sus propiedades personales, en la esencia de Dios, que no conoce forma. Pero como esta altísima naturaleza contiene a la eterna sabiduría, la bondad, la liberalidad, la caridad, el amor infinito y la misericordia, el Padre todopoderoso, inclinándose hacia las regiones inferiores, considera en su sabiduría todo cuanto ha creado y lo ordena, lo regula racionalmente y como conviene; atrae sus criaturas por la misericordia, las recompensa liberalmente y las une por el amor; y a las que son dignas por sus virtudes las sumerge en la unidad (divina).

(1) La segunda persona de la Santísima Trinidad.

CAPITULO XXVI

Que los que poseen en tal grado el don de consejo se asemejan a Cristo según su humanidad. De tres clases de hombres que tienen cierta semejanza con la Santísima Trinidad y la humanidad de Cristo.

Quien adquiere perfectamente, hasta ese grado, este don de consejo divino, es semejante a Cristo en cuanto a su humanidad. De donde hay que distinguir tres clases de hombres que tienen cierta semejanza con la excelentísima trinidad de Dios y la perfectísima humanidad de Cristo. Unos se les asemejan natural e imperfectamente, otros sobrenatural y perfectamente, y cada cual según su grado. Los terceros son igualmente semejantes y venturosos, cada uno según la excelencia y dignidad de sus méritos. Los del primer orden, que no tienen más que una semejanza natural e imperfecta, son todos aquellos que cumplen los actos de las virtudes sin el impulso o inspiración del Espíritu Santo y sin amor de Dios; todos los que hacen buenas obras con una intención extraña o torcida, a saber, por un beneficio temporal o cualquier otra causa que no sea Dios; y aun los infieles o aquellos que se oponen a algún punto del dogma de la Iglesia católica, a sus sacramentos, a sus preceptos. Todos esos, cualquiera que sea o parezca su semejanza y cualesquiera que sean sus obras, no pueden, sin la gracia de Dios, obtener una perfecta semejanza con Dios. Y aunque por el ocio, el rechazo o alejamiento de las ocupaciones terrenas, por la claridad y perspicacia de su inteligencia natural y por el reporte de sus facultades hacia la esencia del alma, puedan llegar a sentir la propensión natural del alma hacia su principio, que es Dios (pues todo lo creado tiende hacia su propia causa como al lugar de su reposo), y entonces, en el olvido de sí mismos, puedan sumergirse en su esencia sin preocuparse de las cosas interiores o exteriores, es decir, sin la obra de la inteligencia o del amor, todo eso no es más que pérdida de tiempo, pues difieren totalmente (de Dios).

En efecto, ni el espíritu de Dios ni el divino amor están ociosos, sea en la gracia, sea en la gloria; y por esto los hombres de esta clase no superan ni exceden (sus facultades); lo que sienten no es más que una propensión natural del alma hacia su principio, que es Dios. Ahora bien, nadie puede percibir el gusto de los goces divinos si no se parece a Cristo y a la santa Iglesia católica y si, por esta semejanza, no puede estarles unido. Y como los hombres de esta clase no han alcanzado esa perfecta similitud, quieren entregarse al ocio y al descanso, pero renuncian a los actos de virtud pues no consideran ni buscan sino a sí mismos en toda su vida. Creen ser espíritus sublimes, porque aprecian su propio caudal y se creen experimentados; pero si, por la gracia de Dios, estuvieran encaminados exteriormente al cumplimiento de todas las virtudes por el amor divino, y si de nuevo, por la impaciencia y el ardor de este amor, fueran atraídos hacia dentro y si, por el amor de goce, se sumergieran en la sobre-esencia de Dios, de suerte que pudieran saborearla en cierto modo, entonces llevarían una vida semejante a la de Cristo y de los santos; y en esta semejanza que reclama en cierto modo la unión se unirían sin fin, por el amor de goce, con el que no tiene términos ni límites.

La segunda clase de hombres, cuya semejanza con la humanidad de Cristo es sobrenatural y perfecta, cada uno según su grado (de perfección), se compone de todos aquellos a quienes la divina gracia y la caridad hacen obrar para que se alejen del pecado, practiquen las virtudes y no consideran más que el honor de Dios y su propia salvación. Estos tienen una perfecta semejanza con Cristo, pero cada uno según el grado (de dignidad o de perfección). En efecto, cuanto más gracia poseen, más cumplen actos de virtud sublimes, más se elevan a regiones sublimes; empero, siguen siendo siempre semejantes a Cristo en ese grado, pero no son uno con Cristo. Los de la tercera clase son bienaventurados en la gloria y semejantes a Cristo en la luz de gloria, cada uno según su excelencia en la luz de gracia. Como Cristo, según su humanidad, fue muy semejante a Dios por la gracia y, por sus dones divinos, posee igualmente en la gloria una semejanza perfecta; a tal punto que de su plenitud todos recibimos cuanto poseemos de gracia, y recibiremos cuanto poseeremos de gloria. Pues Cristo, bajo la inspiración incesante del Padre, al que está unido, observaba todas las virtudes y se inclinaba hacia todas las miserias espirituales o corporales; y de nuevo por la violencia de su deseo y la impaciencia de su amor, refluía hacia dentro; y, bajo la inspiración del Padre, no pudo descansar en su unión (con él); pues en ese grado fue y es todavía semejante a la santísima Trinidad; tuvo (durante su vida terrena) la gracia y ahora posee la gloria correspondiente a la medida de su capacidad creada (*en cuanto a su naturaleza humana*). En ese mismo grado, todos los buenos poseen cierta similitud con Dios, sea en la gracia, sea en la gloria. Y como todos tienen esa semejanza, todos igualmente afluyen a la unidad; empero, no pueden alcanzarla en el grado en que las personas divinas la poseen. Pues esta unión de las criaturas se halla en el propio caudal de las facultades, en las regiones superiores de las formas creadas y por debajo de la forma divina (del modo divino). Pues el mundo creado, que es el de las criaturas, es una cosa finita, y el de las personas divinas es inmenso; y por esta razón la unidad de las criaturas no puede alcanzar ni el modo divino ni la unidad de las personas, por la luz creada; cuando esta unidad de las criaturas tiene cierta semejanza con la unidad divina, esta misma unidad divina mantiene su supremacía sobre la unidad de las criaturas; lo que es causa de que esta unidad de las criaturas sea presa de la impaciencia del amor, porque se ve constreñida, por la grandeza de lo que es eterno, a quedar en esta semejanza sin poder

gozar de Dios como él mismo se goza. Y en esto consiste la excelencia y dignidad de este grado (de perfección). Pues en este grado el hombre conoce y ama (a Dios) en virtud de una luz creada de gracia o de gloria; y es por esto que no puede gozar de esa unión de la que emanan las personas como un (océano) de sabiduría incommensurable y de amor incomprensible. Pues los santos, en ese grado, conservan esa misma semejanza con Dios, sea en la gracia, sea en la gloria; y nunca esta gracia o esta gloria pueden llegar a ser tan grandes como para hacerse inmensas. Ahora bien; nadie puede alcanzar la unidad de Dios sino por un amor inmenso (infinito); de donde resulta que ninguno de aquellos que no tienen más que cierta semejanza puede alcanzar (esta unidad) y permanecer en ella de modo que siga siendo semejante (al tipo divino).

Pero nosotros permaneceremos eterna y necesariamente semejantes (a Dios) en ese grado, pues la gloria durará para siempre en la vida eterna y nunca habrá de perecer. Por eso, sea en virtud de la gracia, sea en virtud de la gloria, el hombre tendrá el conocimiento, según su modo creado, tanto en la luz de la gracia como en la de la gloria; lo que hace, como he dicho, la excelencia y la nobleza de este grado. De ahí proviene, en efecto, esa hambre, esa impaciencia de deseo, porque no puede alcanzar al bien amado, para gozarlo a la manera propia de él, para saciarse perfecta y plenamente. Por lo demás, quienquiera que está constituido en la gracia o en la gloria posee esta unidad de cierta manera particular. En efecto, según que cada uno es enriquecido con los dones de Dios y se ha instruido en la práctica de las virtudes y la excelencia del amor divino, goza, siente y experimenta (más o menos) esta unidad. Empero, esta unidad (manera de unirse a Dios) no es una; sino que todos los que están constituidos en la gracia o en la gloria tienen su manera especial de gozar de ellas, según su excelencia y su nobleza. Esta unión se hace en el espíritu y conforme a la impresión de todas las facultades, por el lazo del amor. Y cada uno, según su grado de excelencia o su dignidad, comprueba cuánto ha sido enriquecido por los dones de Dios; y esto en virtud de su unión con Dios, la que depende de la mayor o menor dignidad de cada uno. Pero la divina unión de las personas está por encima de todas esas uniones, porque satisface a cada una de estas uniones según su dignidad, a saber: excitando a la práctica de todas las virtudes, exteriormente, y encendiendo adentro la hoguera de amor. Y cuanto más grande es la similitud con la Santísima Trinidad, más fácil es el impulso, más vivo el amor que hace refluir hacia dentro (para unirse a Dios).

Sin embargo, esos impulsos hacia la gracia o la gloria no son más que actos finitos y por eso no producen más que cierta semejanza con la Santísima Trinidad. Pero sin esta semejanza nadie puede, ni en el tiempo ni en la eternidad, unirse nunca a Dios. El que, por el don divino de consejo, ha alcanzado tan perfectamente esta semejanza, puede ser convenientemente comparado con el firmamento del cielo, que, bajo la acción del divino poder, es puesto en movimiento por la virtud angélica, así como el espíritu, bajo la inspiración divina, es embargado por la impaciencia del amor. Y así como la razón esclarecida, penetrada por los rayos de la divina sabiduría, ilumina toda la región del alma, asimismo el firmamento y todos los astros que vagan por debajo de él, principalmente el sol, proporcionan luz a todas las cosas terrestres. Y así como toda cosa vive y crece del calor que el firmamento y los planetas comunican y distribuyen a las criaturas inferiores, así también el hombre que alcanza esa perfección derrama y distribuye el favor de su amor, de su caridad y de su misericordia; y por este medio todas las facultades del alma viven, obran y crecen en el dominio de la virtud. Pues el firmamento está adornado con siete planetas colocados debajo de él, en virtud de los cuales son regidas e iluminadas todas las cosas corporales que están bajo el firmamento.

CAPITULO XXVII

Comparación mística de las siete estrellas al alma.

En efecto, los planetas tienen cierta semejanza con los siete días que dividen el tiempo; y entre esos astros el más eficaz y el más resplandeciente es el sol, así como la razón iluminada es la más brillante y más eficaz luz del espíritu, que alumbrá las cosas de aquí abajo. Esta luz establece en el reino del alma el día del Señor, que es el del sol, y los días de descanso (feriados) para hacer reposar todas las facultades del alma, de tal manera que todo cuanto la razón iluminada ordena, esas mismas facultades puedan captarlo, abrazarlo y hacerlo según su orden, durante toda la semana, es decir, durante toda la duración de la vida presente. El segundo día de la semana, que está destinado al trabajo, se llama día de la luna porque este astro, que significa el discernimiento, debe adornarlo. La luna recibe la luz del sol de la razón iluminada, para que pueda conducirse durante toda la semana, es decir, todo el tiempo, con moderación y prudencia. La luna también, es decir, el discernimiento, está vecina a la tierra, pues regula y dispone toda la vida activa. Pero el sol, es decir, la razón iluminada, se eleva en las regiones superiores, pues dirige y regula la vida interior, que es una vida amorosa. Marte, es decir la humildad y obediencia en todas las virtudes, debe iluminar el tercer día de la semana. Mercurio alumbrará el cuarto día, por la caridad y liberalidad. Estamos ya en mitad de la semana, es decir, en mitad del tiempo destinado al trabajo, si descuidamos el tiempo, éste corre y pasa y al llegar de pronto la eternidad nos encuentra inútiles y vanos. Júpiter es ornamento del quinto día: significa el amor a Dios, que se manifiesta y prodiga en alabanzas y obras de misericordia. Pues la solemnidad se aproxima y el día llega en que se entrará, en el palacio del rey eterno. El sexto día se llama Venus, es el contacto o inspiración divina, que, como la estrella Venus, en la aurora, se eleva en el principio y origen de toda obra creada, es decir, en la unión del alma (con Dios). Y enseguida viene el sol, que significa la razón iluminada, y derrama sus rayos. Pero desde que Lucífero, esa inspiración divina, se manifiesta en la aurora, todo el reino del alma se halla en la alegría; porque se siente que ese rayo sale y procede de la inmutable unidad de Dios; y ocurre a menudo que esta estrella de Venus o Lucífero es a tal punto vivificada por la claridad del sol y el ardor de la caridad, que parece que no se podrá nunca obtener el objeto de este amor: cosa que pasa en mitad del día, en el momento en que se manifiesta (a Dios) su gratitud. Pues cuando consideramos la grandeza de Dios y nuestra pequeñez, reconocemos que somos deudores para con Dios y los hombres y vemos claramente que no hacemos nunca bastante, sea con respecto a Dios, sea en favor de los hombres. Pues entonces el amor que sentimos es inmenso y la razón iluminada brilla espléndidamente. Por eso, a causa de nuestra miseria, nos sumimos en la humildad; y es así como podemos pagar nuestras deudas. Y gracias a la estrella de la tarde se satisface a cada uno, en virtud de la razón iluminada y del amor de la caridad. Y el sol de la razón iluminada avanza delante de esa estrella que llamamos Lucífero, es decir, la caridad, que activa todas las virtudes; pero después que se ha satisfecho a cada uno según sus fuerzas, la misma estrella que hemos llamado estrella de la tarde, Héspero, es decir, caridad, sigue al sol, con el que quisiera unirse, si pudiera. Saturno alumbrá el último día de la semana, el séptimo, por el cual aumenta nuestra avidez insaciable, es decir, esa hambre, esa impaciencia porque no podemos alcanzar a Dios. Saturno, o sea esta hambre, se manifiesta sobre la cumbre más elevada de la vida afectiva; y esta hambre es más grande que la que proviene de nuestra insuficiencia en la virtud, cuando nos percatamos de que no podemos de ningún modo dar plena satisfacción a Dios. El hambre de que hablamos aquí está ávida del goce (de Dios); pero la otra pone ardentemente en obra todas las virtudes. Esta de que hablamos ahora mira a Dios, la otra se concentra en sí misma. Sin embargo, una y otra hambres tienden hacia el mismo amor, pero sus obras son diversas. Esta hambre que representa el planeta Saturno, temible y severo, desencadena en el reino del alma los vientos tempestuosos y el rayo horrible. Llamo rayo a ese contacto (inspiración divina) que excita la impaciencia en el alma y, en los cielos abiertos a la mirada del espíritu, muestra al bienamado en incomprensibles delicias. De ahí los fulgores del rayo, es decir, los ardimientos del amor, porque no le es permitido alcanzar al bienamado, lo que levanta grandes tempestades en las regiones superiores o inferiores del reino del alma, y a no ser por la razón iluminada, que Dios opone a esta tempestad, el reino del alma no podría esperar nunca durante tanto tiempo la solemnidad del advenimiento del esposo. Pero la razón iluminada muestra luminosa y claramente que el tiempo no está lejos en que será permitido gozar plenamente de la posesión del amado, en razón del ardor de nuestro deseo, con toda la voluptuosidad de que nuestras facultades son susceptibles y en la ebriedad de todas las delicias; y esto hace que el alma amante espere con paciencia y longanimidad. De este modo, en todos los grados de que hemos hablado, la vida del hombre, si éste quiere alcanzar la vida sobreesencial, es decir, de una manera casi divina, debe ser la vida contemplativa.

CAPITULO XXVIII

Cómo debe comportarse el que quiere gozar excelsamente del don de consejo; cuáles son los cuatro impedimentos para ello y las cuatro causas exterminantes.

Para que el alma pueda poseer este don de consejo de la manera dicha, es necesario que llegue a la vida afectiva y que se eleve y sumerja en la unidad (unión con Dios), donde experimenta el toque divino, para volver de nuevo, pese a su inmensa impaciencia de amor, a las cosas exteriores. Pero por este toque divino, la razón es iluminada; y el alma se esfuerza de nuevo por experimentar las dulzuras de ese contacto. Y es ésta la hoguera de amor que se enciende al no poder el alma comprender esa atracción y ese contacto; de ahí proviene el lazo, el yugo del amor. Y de este modo la razón se decide a mantenerse en el reino del alma, y a embellecer todas las facultades por medio de las virtudes. Ella se agrega como compañía la Prontitud, para que le sea permitido rehacer más rápidamente la sublime experiencia. Y como la caridad y la misericordia son liberales hasta más no poder, quieren satisfacer a todo y refluir de nuevo hacia las cosas eternas. Si se consideran atentamente estas cosas, se encontrará una cierta similitud con la Santísima Trinidad. Pero hay cuatro cosas que hacen que el alma vague por aquí y por allá y que se oponen a la unión (con Dios). No sentir el toque divino, impide la sublime unidad. Y por este motivo la razón iluminada no penetra en el reino del alma para adornarla excelsamente de virtudes. La prontitud no es suficiente si faltan el vigor y la diligencia. Finalmente, la caridad y la misericordia carecen de frecuencia y de celo, lo que hace que la liberalidad sea parsimoniosa. Al que considere estas cosas con probidad, interior y exteriormente, le será fácil concluir que los que obran así no se parecen a la Santísima Trinidad.

Puedo enumerar otros cuatro motivos que dejan al hombre en el error y le impiden llegar a ser bienaventurado. El que se mezcla de modo desordenado a las ocupaciones exteriores se acarrea perjuicio a sí mismo, pues se priva de esta unión. Aquel cuya razón está entenebrecida es evidentemente infame, puesto que vive en la injusticia. Se complace en la torpeza y la ociosidad, no tiene ninguna prontitud ni celo y no está abrasado por ningún deseo. No ejerce jamás la caridad ni la misericordia; y de ahí que no tenga parte alguna en la liberalidad ni en la beneficencia. Al que examina atentamente esta situación, le es fácil concluir de las cosas y de los hechos que el que así obra está muy lejos de la salvación y de la bienaventuranza.

CAPITULO XXIX

De un grado más sublime del don de Consejo, y de sus maravillosos efectos.

Pero ahora veamos la dignidad más grande y las virtudes más sublimes que este don de Consejo confiere. Mientras que el alma, por el divino contacto que es el origen de este don, es excitada y arrastrada por el poder del Padre a la práctica de todas las virtudes y la razón, iluminada por el esplendor del Hijo (Verbo), se aplica, por medio de esta sublime claridad, al conocimiento de Dios en cuanto puede alcanzarlo una criatura, le es infundida por el Espíritu Santo, en virtud de este mismo contacto y de esta razón iluminada, una impaciencia de amor que le da el deseo de gozar de Dios en delicias inmensas e incomprensibles.

Por este motivo contrae y obtiene cierta similitud con la muy excelsa Trinidad y su fecunda unidad. Y aún cuando Dios le diera todo cuanto puede crear, excepción de sí mismo, esta alma seguiría impaciente e insaciable, porque tiene la semejanza de Dios y aspira a la unión de goce, y en virtud de esta similitud se eleva hacia la unidad (unión con Dios) tanto como ella puede realizarla; lo que es el más alto grado de esa semejanza (divina). Aquí empieza, pues, el punto culminante del don de consejo. En efecto, cuando todas las criaturas racionales, sean los ángeles, sean los hombres, que Dios ha hecho semejantes a él, ya sea en gracia, ya en gloria, en virtud de esa semejanza, tienden a perderse en la unidad de su espíritu y naturalmente, por su manera de ser, se dirigen hacia la superesencia de Dios como a su propio caudal, y se adhieren para gozar de él con todas sus potencias y facultades; en realidad, cada espíritu sumergido en su esencia sigue siendo él mismo, no activamente, sino esencialmente, y todas las esencias alcanzan la esencia simple de Dios y dependen de ella como de su propia causa; y allí no se distingue más en ellas la señal de la criatura porque ellas están, en esencia, por encima del acto, y toda esencia es inherente a la esencia divina sin medio intermediario; y las personas divinas, a su vez, conservan su unidad; se adhieren entonces a la misma esencia, sea naturalmente, sea en vista del goce; y el abismo de la divinidad es como una luz simple que es la esencia misma en la unidad de personas y que resplandece en la unión de todo espíritu que la recibe; es decir, de toda criatura racional que aspira a este divino goce. Esta luz incomprensible ilumina la inteligencia del espíritu que la recibe, pues es la sabiduría eterna que se engendra en el alma. Y en esta luz se puede contemplar esta (naturaleza) simple, por la que es ella engendrada y que no es otra que la naturaleza divina.

Pues sólo en esta luz puede ser entrevista con fruto la esencia incomprensible de Dios. Esta luz es Cristo; y ésta es la puerta por donde hay que pasar, no sólo según la humanidad, sino también según la divinidad. En efecto, nadie es admitido a la corte del goce eterno sin vivir la vida humana de Cristo, es decir, según su humanidad, y refluir a él por la contemplación de su inmensa claridad. La luz simple de esta esencia no tiene límites en su inmensidad: y exenta de forma, contiene y encierra la unidad de las divinas personas y el alma (de Cristo) con todas sus facultades; y ello hasta tal punto que envuelve y aclara esta natural propensión, y esa adherencia de goce de Dios y las almas que lo aman. Pues todos los espíritus amantes, con una inmensa claridad, de una manera en cierto modo divina, confluyen hacia la unidad que está por encima de ellos. Y para que en esta luz indefinible en la que se hace esa inmersión y penetración, desaparezca todo acto, tanto de Dios como de las criaturas (pues en esta esencia divina no existe operación de Dios ni de ninguna criatura), las Personas, según sus propiedades personales, son sumergidas y absorbidas en el goce; y no pueden perecer nunca, sin embargo, pues sus naturalezas son eternas. Mas todo esto se hace por la atracción, la inclinación de goce hacia la esencia indefinible de Dios, que sostiene con todos los que le están unidos la transformación de la luz simple; y aquí el alma experimenta a sus anchas que ha encontrado al amado, pues recibe más en la unión de goce de cuanto podía desear. Y cada uno de los que están unidos a Dios perciben, en esta transformación, incomprensibles delicias por esa posesión inefable, aunque todos no gocen de igual caudal de beatitud; pues cada uno se eleva, se ilustra y ennoblece según su hambre (de Dios), su impaciencia de amor y la sublimidad de sus virtudes. Y aunque cierto bien se dé a todos en común, cada uno se sumerge más o menos profundamente en las divinas delicias según esté hambriento y enamorado; y ellas, sin embargo, siguen siendo siempre inagotables y superiores a todos los deseos, pues estas delicias son inmensas y sin fondo. El mismo Señor Jesús, según su alma creada, está inundado de ellas, y se ha dado a esta alma, en cuanto criatura, más de lo que podría desear, pues ese bien es infinito e inagotable. Y como la divina caridad es inmensa en su efecto, se sigue de ello que su deseo y su amor son igualmente inmensos. Pero las delicias que dimanen son sin límites y constituyen la esencia misma de Dios. En cuanto a las Personas, obran, en cuanto Personas, de una manera divina; pero, según la esencia, gozan sin modo ni manera. Son, por ese hecho, inundadas de delicias, es decir, gozan de un esplendor infinito y reciben más de lo que podrían desear, es a saber, según la esencia. Y de ahí proviene que todos los que son inundados por estas delicias se evaden de sí mismos en esa claridad, hacia una esencia sin límites. Pues esta luz infinita no tiene límites en ese goce. Pero mientras se diluyen en esa esencia sin límites, poseen de manera incomprensible esa luz infinita; y en esto consiste su principal alegría. Y como, en ese goce, al evadirse de sí mismos, se pierden a sí mismos y poseen a Dios de una manera inefable, en incomprensibles delicias, son a su vez poseídos por Dios, en

esa misma esencia sin límites ni confines. Pero en esa esencia que no se puede definir se halla ausente toda acción de Dios y de las criaturas, porque el goce, tanto de Dios como de todos los santos, es la adherencia, con el fin de gozar de Dios y de todos los espíritus amantes, a la propia esencia simple de Dios.

Por ello, lo mismo que la unidad de las personas goza sin cesar en la esencia (como se ha dicho) conforme a la vista, el atractivo y la inclinación de las mismas personas así igualmente, esa misma unidad conserva su fecundidad y en ella el Padre engendra sin interrupción la eterna sabiduría; pero del que engendra y del que es engendrado (el Padre y el Hijo) procede el Espíritu Santo; y tal es la operación de Dios. Porque él obra sin cesar, pues es acto puro, según la fecundidad de su naturaleza; y si no obrara, no existiría él ni ninguna criatura del cielo o de la tierra. Obra, pues, sin cesar, y goza sin fin. Y en esta altísima unidad de la naturaleza divina, según la inclinación suya hacia su esencia, Dios se posee y goza de sí, y es fecundo en la misma unidad, y en ella el Padre engendra eternamente al Hijo, que es la Sabiduría eterna. Esta unidad es el trono de la Santa Trinidad y la victoria del poder paterno; pues entre el goce y el acto, la altísima naturaleza de la divinidad se posee continuamente y sin interrupción, siempre actuando y siempre gozando. Ahora bien; quien quiera que tenga la semejanza de la generación del Padre, sea en gracia, sea en gloria, concluye en esta perfección, según su dignidad y su nobleza, y cumple todos los actos vitales de las virtudes, según su semejanza con la Santa Trinidad; y de este modo se adhiere sin cesar, por el goce, a la eterna bienaventuranza. De éstos dice el Señor: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. *Beati misericordes, quoniam ipsi misericordiam consequentur.* (Mt. V, 7). Tuvieron, en efecto, piedad de sí mismos, sea por lo que les faltaba en la persecución de las virtudes y de la vida perfecta, porque nunca hacían bastante para con Dios, sea porque Dios no los dejaba sumergirse plenamente en el goce de las eternas delicias. Y esas dos causas, unidas a la bondad divina, los hicieron seguir (por la imitación) la misericordia divina hasta que fueron penetrados por ese goce inagotable; y los hicieron evadirse de sí mismos para sumergirse en el abismo de la divinidad y encontrar el descanso junto al trono de la altísima Trinidad. Por eso también esos espíritus angélicos que poseen en ese grado (de perfección) el reino de Dios, son llamados Tronos; porque poseen a Dios, y son por él poseídos; y colocados entre el acto y el goce, vacan a uno y a otro perfectamente; y constituyen el séptimo coro o séptimo orden entre los espíritus celestes, que es el último de la tercera jerarquía; pero aventajan, por el esplendor y sublimidad, a los espíritus de los seis órdenes inferiores. Y todos los que alcanzan el grado de perfección de que he hablado aquí por los dones de Dios y los actos de las virtudes, sea en el orden de la gracia, sea en el orden de la gloria, todos son Tronos como los que poseen a Dios en la adhesión de goce, en la superesencia de Dios, y son poseídos recíprocamente por él, como su trono y su reposo; a tal punto que no forman más que uno, en el goce de su esencia simple, sin diferencia perceptible. Y en la unidad de la esencia divina simple no hay ni conocimiento, ni deseo, ni acción, pues el abismo es sin confines y nadie puede medirlo ni circunscribirlo. (Jn, XVII, 21.). Por eso Cristo rogó a su Padre para que nosotros no fuéramos más que uno, como él es uno con el Padre, a saber, en virtud del amor de goce y de la inmersión o absorción en un todo sin límites, donde el acto de Dios y de toda criatura se pierde y se funde. Y el que alcanza tan perfectamente el don de Consejo, puede, sin duda, ser comparado con razón al firmamento decorado de estrellas. Pues todas las cosas creadas en la tierra, en las aguas y en los aires viven y crecen según el movimiento del firmamento, de los astros errantes y de las estrellas; y las regiones superiores del firmamento sufren la influencia del primer móvil y el movimiento angélico y divino; y así perpetuamente, en las regiones inferiores hay acción, y en las regiones superiores, reposo.

CAPITULO XXX

Para que ese grado del don de Consejo sea poseído en una suprema perfección: cuatro impedimentos y cuatro modos de destrucción.

Para que alguien pueda poseer ese don de Consejo divino en la suprema perfección, importa que alcance una excelsa semejanza con Dios y que sea arrebatado por el amor hasta la inherencia con la esencia superesencial de Dios. Los que se inclinan hacia esta esencia supersustancial y se sumergen en ella no pueden ver allí más que goce y reciben de ella, en virtud de la unidad, la luz simple, con inmensas delicias; de ahí viene que no puedan, sin cierta tristeza, dejar de estar siempre arrobados y absortos en la simplicidad de esta luz, donde deciden entonces quedarse, olvidados de sí mismos, en esas soledades remotas, para no volver más. Y entonces la muy deliciosa Trinidad quiere descansar en ellos, con todos sus huéspedes. De este modo, en verdad, aspiramos y vamos sin ningún desfallecimiento hacia la esencia supersustancial de Dios; y volviendo a bajar incesantemente hacia las cosas inferiores, ordenamos y gobernamos siempre el reino del alma según la semejanza de Dios, por la práctica de las virtudes. Pero hay cuatro cosas que impiden especialmente este goce. Aquellos cuyo deseo es demasiado débil, no se adhieren bastante firmemente a la superesencia de Dios; y se ven detenidos (en su ascensión) hacia la superesencia de Dios; lo que hace que no sean transfigurados por la luz ni heridos por la esencia sin límites de Dios, sino que subsistan y se queden en sí mismos. Y como carecen de esa luz, no pueden aspirar hacia (esa esencia) para sumergirse y perderse en ella; mas, como no lo hacen, no los absorbe y devora el deseo de la beatitud. Finalmente, hay cuatro otras razones que oprimen las virtudes y las arrancan (del corazón). Los que se entregan a las cosas exteriores y no buscan más que su honor y su gloria, esos tales están muy alejados de la unión (con Dios). Y así no experimentan, en su esencia miserable y desolada, la simple luz de la sabiduría eterna. Por eso no resucitan (a la luz de la gloria) sino que yacen en cierta torpeza o negligencia, y descansan en sí mismos y en las criaturas. Si quisieran desterrar toda pereza, podrían tender a las alturas, gustar y percibir el contacto de Dios y poseer la eterna bienaventuranza.

CAPITULO XXXI

Del don de Inteligencia.

El sexto don del Espíritu Santo destinado a adornar magníficamente el alma, es la Inteligencia. Cuando el hombre, en efecto, percibe el toque interior del Padre, y es iluminado en la razón por el Hijo y abrasado de impaciencia de amor por el Espíritu Santo, ha alcanzado ya una perfecta similitud con Dios; pero puede, sin embargo, crecer incesantemente en las virtudes y aumentar su semejanza. Pues es impotente para acrecentar su mérito en la medida en que Dios puede recompensarlo; y su inteligencia no puede ser nunca tan ilustrada y tan noble que Dios no pueda añadir todavía algo a su brillo; y su amor no podría ser tan apasionado que Dios no encuentre aún efluvios nuevos. Empero, como ya lo hemos dicho, por el contacto interior de Dios, por la iluminación de la razón, por el ardor de la caridad, el hombre tiene una perfecta semejanza con Dios. Ahora bien; como, según el alma, ha sido creado de la nada, el hombre, castigando lo que Dios nunca ha admitido, la nada, que no existe, se evade de sí mismo hasta el punto de perderse; y esto por la inmersión en la esencia simple de Dios como en su propio caudal; y está muerto en Dios. Pero estar muerto en Dios es ser bienaventurado. Ahora bien, esta beatitud es adecuada a la dignidad y a la excelencia de cada uno, las que son muy distintas, sea en el orden de la gracia, sea en el orden de la gloria. Y esta beatitud consiste en comprender a Dios y ser comprendido por él, en la unidad de goce de las personas divinas; y, en virtud de esta misma unión, diluirse en la superesencia de Dios. Cuando esta unidad que es ya goce, según la introducción o emanación interior, se hace fecunda según el derramamiento o emanación exterior, entonces la fuente misma de la unidad fluye, mientras el Padre engendra a su Hijo, verdad eterna que es la imagen del Padre, en la que éste se conoce a sí mismo y conoce todas las cosas. La imagen, a su vez, es la vida y la causa de todas las criaturas, porque en ella, de una cierta manera divina, viven todas las cosas. Y por esta misma imagen todas las cosas son creadas perfectamente, todas las cosas son ordenadas sabiamente, en virtud del mismo ejemplar; y por razón de esta imagen todas las cosas son reguladas y tienden a su fin, en cuanto importa a Dios. Cualquiera encuentra bien, en efecto, que toda criatura racional tenga la facultad de alcanzar la bienaventuranza eterna. Sin embargo, la criatura racional, en cuanto emana de Dios como criatura, no es esa imagen del Padre, pues que no es más que criatura; por ello su conocimiento y su amor, sea en la luz de la gracia, sea en la luz de la gloria, tienen límites mensurables. Y nadie posee en acto, a la manera divina, la naturaleza divina, si no las personas divinas. Pues ninguna criatura puede tener operación cuyo alcance sea infinito. Y si su acto fuera infinito, sería Dios y no criatura. Pero Dios ha hecho a su imagen las criaturas racionales semejantes a él, aun según la naturaleza; y las que tienden a él las ha hecho de mayor semejanza, por encima de la naturaleza, en la luz de la gracia o de la gloria, cada cual según su capacidad, su estado y su dignidad. Pero cuantas veces sienten interiormente el toque divino, tienen la razón iluminada, están dotadas de impaciencia de amor y se les muestra la esencia sin límites de la divinidad, tantas veces son introducidas, para gozar de ella, en la superesencia de Dios. Y Dios, a su vez, se adhiere a su esencia, en la alegría, y contempla la misma esencia de que goza. En el goce, la luz divina se extingue (muere) incesantemente en su esencia sin límites. Pero en la contemplación sostenida (atenta), la visión no se desvanece ni desaparece, pues contemplaremos sin fin lo que será el objeto de nuestra alegría. Pero los que se pierden en la luz son los que descansan con júbilo en la inmensa soledad de la divinidad, donde Dios se posee en la alegría. Allí, digo, la luz se extingue en el reposo y la esencia sin medida de Dios. Y en esta esencia altísima, Dios es su propio trono. Y todos los que alcanzan ese grado, en la gracia o en la gloria, son los tronos y los tabernáculos de Dios; están muertos en Dios y gozan del eterno descanso. Y por esa muerte la vida superesencial progresa y ésta es la vida contemplativa; aquí comienza el don de la Inteligencia. Por eso, como Dios contempla incesantemente la esencia de que goza, confiere como una impaciencia de amor, cuando hace seres semejantes a él; y así comunica el reposo y la dicha a los que une a sí mismo. Más, sumergidos y absorbidos por la esencia misma, no pueden ellos ni dar ni recibir.

Y del mismo modo que Dios ilumina la razón de aquel a quien confiere su semejanza, así confiere un infinito esplendor cuando admite a su unión. Y esta inmensa claridad es la imagen del Padre, a semejanza del cual somos hechos; y podemos estarle unidos más excelsa y sublimemente que los mismos Tronos, siempre que, sin los defectos de que hemos hablado, contemplemos la gloriosa casa del Padre, es decir, la altísima naturaleza de la divinidad. Pero esta claridad inmensa y sin límites se prodiga a todos los espíritus que están (en la unión) de goce (con Dios), sea en el orden de la gracia, sea en el orden de la gloria; pues a ejemplo de la luz o de la claridad solar, se comunica a todos y su fuente es común; sin embargo, los que la reciben no son todos igualmente iluminados. Pero lo mismo que los rayos del sol penetran con más fulgor el vidrio que la piedra, y el cristal que el vidrio, y que el resplandor solar manifiesta la virtud, la belleza, la dignidad y pureza de cada piedra preciosa, así, a la luz divina, cada cual es iluminado según la dignidad y excelencia de su capacidad, sea en gracia, sea en gloria. Con todo, el mayor y primero de todos en el orden de la gracia es menos ilustre que el último en la luz de la gloria, aunque la luz de la gloria no es el medio entre el alma y esa inmensa claridad. Pues nuestro estado y condición, lo mismo que el tiempo y nuestras variaciones, son para nosotros un impedimento. Y por esta razón podemos nosotros merecer, en tanto que los que están en la gloria no lo pueden. Además, esa

sublime claridad es la simple contemplación de Dios Padre, mas cada uno de los que contemplan en la alegría y orientan su espíritu hacia esa claridad son iluminados como por la única e incomprensible luz. Pues esta misma luz inagotable e infinita brilla sin fin en todos los espíritus. Pero el que vive esta vida temporal, es a menudo turbado por imágenes; y de ahí que no contemple siempre actualmente, con atención, por esta luz de Dios, la sustancia superesencial. Sin embargo, quienquiera que alcanza este don de inteligencia obtiene ese privilegio que se le hace habitual y cuando quiere puede vacar a este género de contemplación en cuanto es posible en esta vida. Ahora bien; como esa luz por la cual estamos en contemplación es inmensa y lo que contemplamos es un abismo insondable e infinito, se sigue de ello que no pueden ser captados el uno por el otro; pero la contemplación atenta se orienta siempre hacia la esencia sin límites de la divinidad, hacia la faz de la altísima majestad, de la que emana el goce, en la que el Padre contempla por la Sabiduría, por esa razón, su esencia inagotable e infinita. Pero cuantos están inundados e ilustrados por esta Sabiduría se llaman Querubines, porque pertenecen al orden de los espíritus angélicos de ese nombre; y durante toda la eternidad vacan a esa (contemplación), cada cual según su excelencia y dignidad. Pues no son todos de igual esplendor. Nunca, sin embargo, por lo que toca a su semejanza, se apartan de las virtudes ni faltan a ninguna criatura; y por lo que hace a su estado superior, dirigen sin cesar la mirada de su espíritu hacia la esencia simple de la divinidad. Y el mismo Dios todopoderoso, que es el autor y dominador de esta contemplación, contempla y obra sin cesar. Cristo igualmente, el más grande que haya existido y existirá, según la humanidad y su alma creada, fue y es contemplador, pues el que era uno con la eterna Sabiduría, era y sigue siendo la Sabiduría por la cual se hace esta contemplación. El mismo, empero, da satisfacción a todos los mortales por los recursos y las obras de la caridad exterior; y contempla sin cesar la cara del Padre. Y la excelencia de ese don es obrar y contemplar, libre de toda traba, en la medida en que es posible. Y los que son así pueden escuchar estas palabras de Cristo, que les son apropiadas: Bienaventurados los de limpio corazón, pues ellos verán a Dios. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt.* Pues como no están apegados a los vanos simulacros y a las imágenes de las cosas terrenas, descuidan las cosas corporales y no hacen ningún caso de los placeres, estando siempre inclinados hacia las virtudes y la justicia (lo que les da la semejanza de Dios, para contemplar al descubierto la esencia sin límites de Dios), son justamente llamados bienaventurados, pues que esta contemplación es divina o deiforme. Y puédesse con conveniencia compararlos al cielo medio, que es cristalino, si, en verdad, como ese cielo que recibe su luz resplandeciente de las regiones superiores, están ellos a su vez iluminados y transfigurados por la verdad eterna del Padre. Esa es en verdad, como lo hemos dicho la vida contemplativa superesencial, en lo que el intelecto, orientado hacia las cosas interiores, es adornado con el don de Inteligencia, revestido con Dios mismo y la eterna Sabiduría.

CAPITULO XXXII

Cómo ha de ser el que está adornado con el don de Inteligencia; de los cuatro impedimentos de ese don y de otros tantos medios de exclusión.

Para que este don pueda ser poseído por el hombre, y recíprocamente, importa que aquél esté dotado de estas cuatro cualidades: El que desea ser iluminado debe elevarse y ser arrebatado por la sustancia superesencial de Dios. Allí, en efecto, en la simplicidad de ese caudal, experimentará la inmensidad de la luz de Dios; y así será enteramente penetrado, inundado, restaurado por el esplendor de la verdad. En efecto, esta luz derrama generalmente sus rayos sobre todos los puros e iluminados, según la dignidad de cada uno; y transfigurados por ella, pueden dirigir incesantemente la sutilidad de su espíritu hacia el rostro de júbilo de Dios y contemplarlo. Pues, habiéndose despojado enteramente de sí mismos, pueden contemplar muy fielmente y sin cesar lo que es objeto de su alegría. Como el amado se halla en regiones muy remotas, eso los constriñe a dirigir incesantemente la mirada del espíritu hacia las esferas altísimas de la bienaventuranza. A veces, sin embargo, el amado es asido y poseído por el amado, en la unión de la soledad divina. Y así estaremos sin cesar, y nuestra vida aspirará siempre hacia el abismo del Altísimo. Hay cuatro cosas que, bien pesadas, pueden trabar el don de Inteligencia. Los que meditan sin cesar, con los ojos cerrados, para poder gozar de la sustancia superesencial de Dios, esos no podrían ser iluminados, pues no tienden hacia la simplicidad de la luz divina; lo que les impide poder conocer tan excelsamente al amado como los Querubines. Ellos quieren, en efecto, escrutar el rostro de la Majestad divina, y por eso caen. Finalmente, se pueden señalar otras cuatro causas que excluyen el don de inteligencia.

Los que aman y gustan las cosas terrenas, no pueden llegar al goce purísimo de Dios. No es capaz de iluminación divina quien se deja ocupar y desviar por las imágenes de lo que pasa. Y apenas podrá resucitar quien se entrega al placer de la bebida y de la mesa, y lleva una vida entregada a la gula. Estas causas, como he dicho, arruinan al hombre y lo privan de la eterna bienaventuranza.

CAPITULO XXXIII

Del don de Sabiduría.

El séptimo don del Espíritu Santo es la sabrosa Sabiduría, que alcanza las supremas alturas del espíritu en la meditación o contemplación; y penetra la inteligencia y la voluntad cuando están orientadas hacia la misma cumbre. Esta sabiduría, este sabor es inmenso e inagotable; y de las regiones interiores refluye al exterior, penetrando el propio cuerpo y el alma (sensitiva) en cuanto las facultades son capaces de ello, hasta lo más íntimo de los sentidos; a tal punto que es como palpada por el sentido del tacto. Los otros sentidos, a saber, la vista y el oído, reciben de fuera la alegría, de la maravillosa y admirable creación de las cosas, que el arquitecto del mundo, Dios, ha creado para honor y uso de los hombres.

Esta sabiduría, este gusto incomprensible por encima del espíritu, en la profundidad o extensión del alma, es inmensa; y es el mismo Espíritu Santo, el insondable amor de Dios. Pero por debajo del espíritu tiene límites, y puede ser medido. Y como las facultades están fijas e inherentes (a la virtud divina), sobreabundan y desbordan. Ahora bien; como el Padre eterno ha adornado el espíritu que medita en él con el goce de la unión con él y le ha acordado el comprender y ser comprendido, en el olvido de sí mismo, como así también ser trono y descanso de Dios, el Hijo también, que es la verdad eterna, decora con su claridad la inteligencia contemplativa, a fin de que pueda admirar la faz de aquel a quien goza; por otra parte, el Espíritu Santo ha resuelto embellecer la voluntad contemplativa y la unidad que tiene en suspenso las facultades (fuerzas) para adherirse a Dios, a fin de que el alma conozca, guste y experimente cuán bueno es. Y este sabor divino es tan bueno y tan penetrante que el cielo, la tierra y todo lo que encierran parecen al alma del que lo percibe como si debieran disolverse y reducirse a nada, ante la grandeza (de esta beatitud). Pero las delicias de esta percepción divina se sienten en las regiones superiores e inferiores, fuera y dentro, y se apoderan de todo el reino del alma, que penetran. Por esto la inteligencia contempla esta simplicidad (divina) de la que emanan todas esas delicias. De ahí deriva la consideración de la razón iluminada, aunque se descubre asaz claramente que no se pueden comprender y conocer esas delicias incomprensibles, ya que se las considera en virtud de una luz creada; pero el gozo es inmenso; y ocurre que la razón, a su vez, abandona al alma en esas consideraciones. Y la inteligencia, transfigurada por esta inmensa claridad, contempla sin cesar los gozos inenarrables de esta beatitud y hunde en ella las miradas deslumbradas de su alma.

CAPITULO XXXIV

Que la razón iluminada contempla a Dios en las imágenes intelectuales y en los divinos efectos (manifestaciones).

Ahora bien: la razón, a modo de criatura, escruta muchas cosas en virtud de la luz creada, como en las imágenes racionales e intelectuales; y se recrea, se regocija con los efectos y las obras que emanan de la infinita divinidad. Advierte, pues, que el amado es tan grande que no puede ser comprendido, ni por ella ni por ninguna criatura; que es tan alto, que nadie puede asirlo ni alcanzarlo a manera de las criaturas; que es tan simple, que toda multitud, todo lo que se multiplica encuentra en él su comienzo y su fin. Observa además que él es la Belleza que adorna el cielo y la tierra, la Opulencia de que todas las criaturas abundan y en la que residen esencialmente; el Honor y la Gloria del cielo y la tierra y de todas las criaturas; que es la Vida, en que viven todas las cosas que han sido hechas o que lo serán; la Victoria, que vence sobre todos; la Corona de todos los amantes; la Salud, que hace gozar al que la posee de una santidad y de un bienestar perpetuo; la Paz, en que reposan todos los que aman; la Seguridad, que da toda certidumbre a su poseedor; la Beatitud, que proporciona el goce; el Consuelo, que llena de alegría a los que lloran; la Suavidad, que penetra a cuantos la desean; el Gozo, del que se glorían los amantes; la Fuente y origen del regocijo, en el que se funden todos los que beben de ella; el Júbilo, que no puede expresarse con palabras y que hace desfallecer todos los sentidos; la Recompensa, a la que todos aspiramos; la Voluptuosidad que nunca cesa; el Ardor o celo, que quiere abrasar y consumir a los amantes; el Poder, que puede someter y dominar todas las cosas; la Divinidad, que todo lo llena; la Eternidad, por la que ha sido hecho el tiempo; la Bondad, que todo quiere dar; la Piedad o Liberalidad que inunda y penetra el cielo, la tierra y todos los seres; al Amor inmenso, que desea unirse a todos los que tienen el celo de las virtudes; la Dignidad y la Nobleza, que ordenan todas las cosas con decencia y armonía; la Pureza, que reprueba toda falsedad y toda injusticia; la Fecundidad, que hace mover el firmamento, derrama naturalmente la vida y el crecimiento sobre todos los seres corporales, y por la cual se confieren también, sobrenaturalmente, todos los dones divinos, todos los tesoros espirituales a los que aman a Dios, como se les dan la vida eterna y el goce en la gloria de la bienaventuranza; la Virtud y el Valor, para los que nada es imposible; la Sabiduría que adorna, regula, gobierna y ordena; la Estabilidad, que espera a los pecadores para que se arrepientan y a los justos para coronarlos; la Fidelidad, que no abandona nunca a nadie; la Verdad, que lee en los corazones; la Santidad, que desata al hombre de todos los lazos terrenos; el Calor, que enciende la hoguera de las virtudes en el (corazón) del hombre; la Luz, que manifiesta todas las perfecciones; la Saciedad, que mantiene un hambre eterna en todos cuantos se le parecen por las virtudes, pero que, a los que le están unidos da mucho más de lo que podrían desear; la Fortaleza, que eleva al hombre y lo arrastra por encima de todas las cosas vanas; la Justicia, que, según las obras, condenará a los unos y dará a los otros la recompensa de la vida eterna (Mt. XVI, 27.); la Inocencia, que en el último día del juicio rechazará a todos los impuros y unirá con un lazo dichosísimo a los que son puros. Todas estas cosas, digo, son imágenes racionales o intelectuales extraídas, al modo de las criaturas, de la esencia simple de la divinidad: la razón iluminada las considera en la divinidad infinita y, en cuanto la razón las comprende, son creadas, como similitudes que provienen de la naturaleza divina. Pero como todas las cosas, según que ellas consideren (o se las considere) en el interior, empiezan y acaban en la esencia infinita como el abismo; entonces la razón y las consideraciones flaquean, porque tocamos aquí la naturaleza simple de Dios. Es, pues, de esta manera como la razón iluminada suele considerar a su amado en todas esas excelencias; y se siente presa de admiración por su opulencia, advirtiendo, al mismo tiempo, que esta posesión sobrepasa todo entendimiento; lo que excita en el alma el deseo y la impaciencia de elevarse por la contemplación hasta la simplicidad de la luz, para colmar y satisfacer su deseo ávido de goce infinito.

CAPITULO XXXV

Algunas notas dignas de señalarse, tocantes al Espíritu Santo.

En esta intención de espíritu, la contemplación se hace sin distinción, y todos los ríos de la divinidad corren en las regiones superiores del reino del alma; lo que abrasa a ese reino y lo alumbraba con la llama del Espíritu Santo, que tiene su hogar en la hornalla de la unidad divina, altísima unidad en la que el amor incomprensible corre a través de todos los espíritus y los ilumina. Esta unidad de goce es un tesoro escondido en el campo del alma (Mt. XIII, 44.); el que cavando lo descubre, y habiéndolo descubierto lo examina, se renuncia a sí mismo y vende cuanto es de mero placer, a fin de poseer el campo, es decir, esas delicias. Y el Espíritu Santo es el tesoro de Dios y del alma, porque es el lazo, el nudo y la penetración del amor, que abrasa y penetra, en la unión de goce, a los espíritus contemplativos. Y a su vez es la Caridad, que hace consumir y desfallecer a los amantes, en el transporte del amor. Es también el dedo de Dios, que ha creado el cielo, la tierra y todas las criaturas según la naturaleza; recompensa, conforme a su dignidad, a las que se elevan a él; y se une a todos los que ha colmado con sus dones. Además, es el vasto Océano, del que fluyen todos los dones sin que pierda nada de sus bienes innumerables e infinitos. Y es el Sol divino, ardiente y lúcido, que decora el reino del alma con siete rayos sobrenaturales, es decir, con siete dones sublimes. Es también la Hoguera inmensa, que penetrando todos los espíritus, los transforma e ilumina, por la gracia y por la gloria; a semejanza del oro, son fundidos en el crisol de la divina unidad, cada uno gozando y nutriéndose de Dios, según su estado y dignidad, aunque este fuego divino arde para todos indistintamente; pero como metales diversos, a saber, el cobre, el plomo, el hierro, el estaño, la plata y el oro son forjados juntos en esta hornalla incomprensible y cada metal, es decir, cada espíritu comprende, siente, sufre la transformación por el amor esencial de Dios según la excelencia de cada cual, su dignidad y su nobleza, aunque la fuente de esta dignidad (amor divino) sea común, de ahí proviene la distinción o diferencia de la unión. Ahora bien; este amor inagotable e infinito según el goce es esencial, no activo. En efecto, por el desbordamiento de este amor esencial, el Padre y el Hijo y todos los espíritus que se adhieren (a ellos) fluyen y desbordan por encima de la acción, en el goce; y por la emanación de la caridad del Padre y del Hijo, todas las virtudes se hacen operantes y perfectas en todas las criaturas. Así, pues, la divina caridad es operante según la emanación e impulsa y excita a los hombres a la práctica de todas las virtudes. Pero en cuanto fluye dentro es esencial, e inunda a todos los que le están unidos de un sabor incomprensible. Pues es el abismo inmenso, al que todos los espíritus de elección se adhieren por el goce y en el que se confunden por el renunciamiento propio. Es (esta caridad) el Sol espléndido que, radioso y fulgurante en las regiones superiores del alma, arrastra a la inteligencia hacia las alturas, en la contemplación e iluminación, y la hace aspirar a la eternidad sin desfallecimiento. Es ella la fuente viva e inagotable que, de las regiones íntimas, corre exteriormente por los siete arroyos principales, que son los siete dones, destinados a fecundar por medio de las virtudes el reino del alma.

Pero los espíritus excelentes que siguen esa vena (fuente) viva e impetuosa en lo vivo, hasta el caudal de donde trae su origen, son sumergidos e inundados, de claridad en claridad, de delicias y nuevas delicias. Allí, en efecto, se destilan las gotas de miel de los gozos inefables, que los hacen licuarse y fundirse en las delicias de la beatitud divina. Esos son los Serafines, los espíritus más elevados y sublimes del reino eterno, que arden y se consumen en presencia de la unidad divina de goce. Y todos los que obtienen así ese don de divina sabiduría son semejantes a esos espíritus seráficos, cada uno según su ilustración y su claridad. Porque hay en los espíritus seráficos diferencia de fulgor, de amor y de goce, a tal punto que todos los espíritus difieren, es decir, son distintos en gracia, en gloria, en conocimiento, en amor, en sabiduría. Pero el que tiene el último grado en la luz de gloria conoce, ama, saborea y experimenta más grandes gozos que el más excelso en la gracia. Y aunque Dios comunica y distribuye indistintamente e igualmente esas delicias, con todo, los que las reciben son diferentes. Sin embargo, en cuanto que gozan de la unidad, todos sobreabundan (de gozo). Mas desde que se han perdido en el deslumbramiento de la soledad divina, allí no queda nada de nadie; nadie da ni recibe, no hay más que una esencia simple, en la que Dios y los que se le parecen y le están unidos se hallan sumergidos y perdidos; y nunca pueden reencontrarse en esta esencia sin límites que es la pura y simplicísima simplicidad; y esa es la principal y suprema beatitud del reino de Dios. Mas, sin embargo, los que en la tierra se parecen a esos espíritus seráficos, se ven obligados a descender y someterse a la práctica de las obras de caridad y de todas las virtudes. Cuánto más elevados y excelentes son, más son comunes con todos los que tienen necesidad de sus bienes, tanto corporal como espiritualmente. Y Dios goza de sí mismo, inmensamente por encima de todos los santos, pues su propia contemplación es sin fondo y su esencia sin límites. Pues si su esencia no fuera sin límites no habría en ella goce perfecto; pero en esa esencia sin medida cesa la acción de las personas. Por eso Dios se eleva por el goce por encima de todos los espíritus creados que han alcanzado divinamente la excelencia y los dones, limitados a una cierta medida; y sin embargo Dios (se da) se derrama activamente, en el cielo y en la tierra, con todos los dones tanto espirituales como corporales.

Cristo, también, en cuanto a su alma creada, fue y es, de todos los que han sido, el más grande y el primero de los contempladores y de los amantes; y su goce es mayor que el de todos los demás. Pero según su divinidad, nosotros gozamos de él. Y nunca ha faltado ni faltará a nadie, pues se da a todos los que lo desean. En cuanto a los que no sienten ese deseo, tiene compasión de ellos, ruega al Padre por todos y se ofrece él mismo y toda su pasión. Del mismo modo, todos los santos eminentísimos que están entre los tronos celestiales, tal como lo hacían en la tierra, donde se entregaban a todos, obran todavía en ese reino supremo, en el que ruegan y postulan por nosotros. Y los Serafines más elevados, y todos los que, tanto en la tierra como en el cielo, pertenecen a su orden, piden y obtienen la salvación de los hombres, de manera más eficaz que los de otros órdenes, en razón de su conocimiento más luminoso y de su amor más ardiente; y por eso son más universales y desean más ardientemente el honor de Dios y la salvación de los hombres. Y a los que se les parecen se dirigen las palabras de Cristo: "Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios". *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur.* (Mt., V, 9.).

Estos espíritus elevadísimos han hecho la paz con Dios, con todas sus facultades, y con todas las criaturas, y todas las cosas han sido adornadas y ordenadas por ellos, según su dignidad y su nobleza; y poseen el reino de Dios, en la paz verdadera, sumergidos en el abismo de la unidad o simplicidad divina. Y esa es la suprema excelencia de ese reino de eterna bienaventuranza. Por esta razón ese reino es asimilado muy justamente al cielo supremo, que es una pura y simple claridad, origen inmutable y principio de todas las cosas corporales, el reino creado y corporal de Dios y de todos los santos. Esas son, pues, las vías rectas, por las cuales el Señor condujo al justo, por encima de todas las vías, en un silencio y una paz perpetua. Aquí termina para nosotros la cuarta de las cinco partes principales.

CAPITULO XXXVI

Para que el don de Sabiduría sea poseído excelentemente; cuáles son sus impedimentos y sus medios de eliminación.

Ahora bien, el que quiera poseer en un alto grado de excelencia ese don principal y supremo de la sabiduría, debe estar penetrado, en su interior, de un inmenso amor, conocer íntimamente ese gusto, ese sabor de que se ha hablado y considerar atentamente, luminosamente, la operación que emana del caudal divino. De ahí nace la admiración de los dones múltiples y de los tesoros incomprensibles de Dios. Pero la admiración engendra el deseo y la ardiente aspiración por los goces de lo alto. Entonces, importa entregarse atentamente a la contemplación; y, ante todo, recrear y refrigerar el sentido afectivo o deseo. Y ese mismo amor inmenso penetra y abrasa todos los sentidos, en la hornalla de la unidad, lo que hace casi que el hombre, en las delicias del goce, sea inundado, sumergido, licuado (de amor). Y el hombre así colmado, flotando en el abismo sin confines de la divinidad, se pierde en el deslumbramiento de la soledad divina. Y allí, desde entonces, ni don, ni receta, ni ejercicio de amor; la pura y simple unidad. Pero hay cuatro cosas que impiden gozar de la sabiduría. La contemplación, sin la consideración de los actos que emanan de la unidad, impide sentir ese gusto. Los que no están arrebatados de admiración arden menos con el deseo que nace de la impaciencia de amor; y la caridad inmensa es menos viva en la región superior del reino de su alma. Y como dirigen todo el esfuerzo de su espíritu (sobre el objeto) al descubierto, y no están arrebatados y absortos por el abrasamiento del amor, eso les impide obtener la pureza deslumbrante. Hay otros cuatro motivos que privan al hombre de la salvación y de la bienaventuranza. Los hombres inestables y ciegos corren y vagan por aquí y por allá, por los placeres que encuentran en sus peregrinajes y carreras; aprecian y conocen el lucro vil y miserable, y buscan los bienes inferiores. El amor perverso y deshonesto embriaga sus sentidos corrompidos y seca su razón. Se apegan a las cosas extrañas y a ellas dedican sus cuidados y su afección; por eso no pueden alcanzar la fuente de las eternas delicias. Finalmente, lo que impide absolutamente recibir la luz eterna es la vida inmundada e impúdica.

CAPITULO XXXVII

Del quíntuple reino de Dios; del primer reino sensible, y de lo que ha de pasar en el juicio final.

La quinta materia de que hemos de tratar por último en este libro, se contiene en estas palabras de la Sabiduría: Y le mostró el reino de Dios. *Et ostendit illi regnum Dei.*

En efecto, cuando alguno ha obtenido y posee excelentemente y de modo sublime todos los dones de Dios que hemos enumerado y explicado, entonces el reino de Dios se le muestra bajo cinco aspectos. Se le muestra, en verdad, el reino exterior sensible, lo mismo que el reino natural; el reino de la Escritura y el reino de la gracia, por encima de la naturaleza y de la Escritura; y finalmente el reino divino, por encima de la gracia y de la gloria. Descubrir y conocer esos cinco reinos clara y luminosamente, es lo que se llama la vida común universal. Por lo que toca al reino exterior sensible, es decir, de los cuatro elementos y de los tres cielos superiores, hemos dicho cómo han sido decorados por Dios. Vamos ahora a explicar cómo, después de la resurrección final, todos esos reinos y los cuerpos humanos han de ser adornados por Dios.

En el último día, el Fuego se propagará y penetrará por todo lo que existe sobre la tierra y lo consumirá hasta el fondo. Ese fuego será cuádruple, a saber: el Infierno, el Purgatorio, el Elemental y el Material. El infierno quemará las almas de los condenados. El purgatorio purgará a los buenos de los pecados cotidianos y los libraré de toda deuda. El elemental purificará a los elementos, los renovará y los hará sutiles. El material, en fin, consumirá todo lo que hay sobre la tierra y reducirá a polvo hasta los cuerpos de los hombres. Luego aparecerá súbitamente Jesucristo como juez del universo, y ordenará a los difuntos resucitar y comparecer, en cuerpo y alma, ante su tribunal; y pronto, por la virtud de Dios todopoderoso, en ese mismo día del juicio el alma y el cuerpo se juntarán al fin. Todos los buenos aparecerán en una inmensa claridad; y los condenados en una horrible deformidad. El juicio será en el valle de Josafat, pues ese lugar está situado casi en medio de la tierra, y es conocido por todos, porque la pasión y muerte de Cristo se verificaron no lejos de allí. Jesucristo y todos los santos estarán en los aires. Los impíos, agobiados por el peso de sus pecados, estarán sobre la tierra. La sentencia pronunciada contra los condenados será: Id, malditos, al fuego eterno (1). ¿Cabe algo más terrible (que esta sentencia)? Pero a los buenos les dirá el Señor: Venid, que es una palabra amable; benditos, que es más amable todavía; poseed el Reino, lo que nadie escucha sin júbilo; de mi Padre, lo que es más dulce todavía; que os está preparado desde el principio del mundo (2), lo que es digno de alabanza y eterna acción de gracias, porque la elección se hace antes de la creación (los elegidos lo son antes de ser creados, en los designios de Dios, en virtud de la predestinación). Pero una vez terminado el juicio, y los condenados precipitados al infierno, el cielo y los elementos serán renovados. El fuego de que hemos hablado será tan potente, que todo lo que encuentre sobre la tierra será convertido en polvo y cenizas. Dios todopoderoso purificará por el fuego los elementos y les dará una claridad y una sutileza renovada, como también una forma más hermosa que antes. Pues es menester que esos mismos elementos, contaminados por los crímenes y los pecados de los hombres, sean regenerados. Mas como han servido a los buenos, importa que reciban, como recompensa, la claridad y la sutileza, y ello para que el mundo tenga alguna similitud con los cuerpos gloriosos, y los bienaventurados puedan contemplar con sus sentidos exteriores la belleza del cielo y de la tierra. Pero las regiones superiores de la naturaleza, a saber, el cielo y los planetas, que están distantes de la tierra, son puros y sin mezcla; es por ello que no tienen necesidad de purificación, sino que quedarán inmóviles y adquirirán nuevo brillo. He aquí su transición e innovación: el sol ocupará el oriente y la luna occidente, donde ellos fueron creados (colocados). Pues el cielo y los planetas fueron creados para uso del hombre, por una doble razón. La primera, para que los hombres y todas las criaturas corporales sean engendrados, vivan y crezcan bajo la influencia y conforme al movimiento del cielo. Y como entonces no habrá más criaturas mortales, el movimiento del cielo se detendrá. La segunda razón, a causa de su belleza y esplendor, que serán mucho mayores. Pero la tierra será resplandeciente como un cristal, y tersa como la mano. El agua, que será más límpida y transparente, conservará no sólo su sustancia, sino también su especie. El aire tendrá más luz, pues el sol, la luna y las estrellas serán siete veces más brillantes que ahora; y no habrá ya nubes, ni granizos, ni lluvias, ni vientos, ni rayos ni truenos. La noche cesará también; y sucederá un día perpetuo, una luz, una claridad sin fin en el cielo y en la tierra. Todo lo que en la tierra es opaco y oscuro, todo lo que en las ondas es helado, todo lo que arde en el fuego, todo eso bajará a los infiernos. La transparencia de las aguas y del aire, y el esplendor del fuego, todo eso quedará en su esfera, como un incremento de claridad o de luz. Así, en efecto, pasarán el cielo y la tierra, pero lejos de perecer totalmente, serán renovados bajo una forma más excelente. Y ése es el reino exterior y sensible de Dios y de todos sus santos: los cuerpos gloriosos de los bienaventurados lo poseerán en una sempiterna alegría.

(1) *Ite maledicti in ignem aeternum. Mt, XXV, 41.*

(2) *Venite benedicti, possidete Regnum Patris mei, paratum vobis a mundi constitutione. Mt., XXV, 34.*

CAPITULO XXXVIII

De cuatro cualidades de los cuerpos gloriosos.

Ahora bien, las almas, separados de los cuerpos mortales que les causaban tantas cargas e inconvenientes, tienen el ser más perfecto que cuando estaban unidas a ellos. Pero cuando las almas posean sus cuerpos gloriosos, éstos ya no serán para ellas impedimentos y tormentos, sino más bien causa de eterna alegría. Ahora bien, para que el cuerpo regocije al alma y no le resulte una carga en los actos de la bienaventuranza o en las obras de la gloria, importa que esté adornado de cuatro cualidades. La primera es la claridad. Habrá, en efecto, en los cuerpos bienaventurados el elemento glorificado del agua; por eso serán resplandecientes y luminosos. Al mismo tiempo estarán poseídos por sus espíritus lúcidos y gloriosos. Y como el cuerpo glorioso será claro y transparente, la gloria del alma se difundirá en él, y será así siete veces más luminoso que el sol. Sin embargo, todos los cuerpos de los bienaventurados no resplandecerán con igual claridad. Pues cuanto más noble, ilustre y resplandeciente sea el alma de cada uno, más se verá el cuerpo revestido de esplendor.

Y como la estrella difiere de la estrella en claridad, así será la diferencia de los cuerpos gloriosos en la vida eterna, según los méritos de cada uno. Los cuerpos de los niños que mueren antes que sean capaces de razonamiento pueden ser comparados al resplandor de la luna, pues no tienen consigo la luz que brota de los méritos personales, sino que reciben su resplandor del Sol glorioso, es decir, de la muerte de Cristo y de sus méritos. La segunda cualidad es la impasibilidad. Los cuerpos gloriosos tendrán en sí el elemento de la tierra, afirmado y fortalecido por la glorificación, de suerte que no podrá sufrir. Además, los elementos ya no estarán ligados ni entre ellos ni contra los bienaventurados, lo que hará a sus cuerpos impasibles. En tercer lugar, el alma gloriosa poseerá su propio cuerpo bienaventurado; y por eso un cuerpo tal no podrá ser turbado por nada. Adán, prototipo del hombre, antes de haber admitido el pecado dentro de sí, no sentía ningún sufrimiento; y mientras durara ese estado no podía sentirlo. Era, sin embargo, pasible, y podía sufrir, lo que de hecho se probó una vez que el pecado fue perpetrado. Los niños que mueren sin haber recibido el bautismo de salvación y sin pecados personales, no sufren en el limbo (lo que no proviene del poder de resistencia al mal exterior, que no poseen, pues no son bienaventurados; sino por un efecto de la misericordia de Dios). En cuanto a los cuerpos gloriosos de los santos, aun cuando estuvieran en los infiernos, bajo la tierra o en las profundidades del océano, no les resultaría de ello ningún inconveniente ni ningún dolor. La tercera cualidad de los cuerpos gloriosos es la sutileza, que recibirán del elemento del fuego glorificado en ellos, en virtud del cual hasta los mismos cuerpos se harán tan sutiles que nada podrá oponerse a ellos, nada podrá trabarlos ni dañarlos. Además, las almas nobles por su sutileza, poseerán los cuerpos y se unirán a ellos, primero vencidos y dominados por ellas y llegados a tal sutileza por el despojamiento de todo aquello que los agravaba.

Finalmente, la cuarta cualidad es la agilidad, que obtendrán del elemento del aire hecho resplandeciente en ellos. Pues si el cuerpo debe ser glorioso, importa que se vea libre de tanto peso que lo agrava. Y así, el alma bienaventurada irá con su cuerpo glorioso, en un instante, adonde quiera. Pero así como la claridad de los cuerpos bienaventurados no será igual, así también la agilidad será diferente. Y esas son las cualidades con que estarán adornados los cuerpos gloriosos después de la resurrección. El Señor Jesús, como se lee (en la Escritura), nos mostró esas cualidades en su cuerpo mortal (Mt. XVII, 2); en efecto, nos mostró su esplendor en su Transfiguración; su impasibilidad, cuando se ofreció a sí mismo como alimento (Mt., XXVI, 26/29) la víspera de su pasión, con un deseo y una alegría inmensa y sin ningún dolor; lo que hay que entender, empero, de una manera actual y no habitual. Nos mostró su sutilidad al nacer, sin ningún dolor (Lc., II, 6), de una virgen inviolable; su agilidad, al caminar sobre el mar (Mt., XIV, 25). Además, los cuerpos gloriosos experimentarán un gozo singular por la vista y por el oído. Pues verán con sus ojos corporales el cuerpo glorioso del Señor Redentor y el de su Madre siempre venerada la Virgen María, y también los cuerpos ilustres de todos los santos, llenos de gloria y de celestiales delicias. Contemplantán también el ornato y la maravillosa claridad de los cielos y de los elementos; y en una hora (en menos tiempo del que se necesita para decirlo), recorrerán el cielo y la tierra y volverán de nuevo a los cielos. Glorificarán con cánticos, con todas sus potencias y facultades, a su Dios y Señor, por lo que resonará en sus oídos una armonía suave; y a esto vacarán durante toda la eternidad. Ahora bien, la gloria de las almas refluirá en todas las virtudes corporales del alma, y por ellas penetrará hasta el sentido exterior, que abundará en tan grandes delicias como nadie puede comprender en esta vida. Y esas delicias no tendrán nunca fin, sino que serán continuas y eternas. Ese es, pues el reino sensible exterior de Dios y el último en la gloria. Pero se muestra así al hombre para que éste aspire a su posesión y ponga todo por obra para adquirir excelentemente las virtudes.

CAPITULO XXXIX

Del reino natural.

En segundo lugar, el reino de Dios se manifiesta igualmente a los que lo aman en la luz natural. En efecto, ni la gracia ni la gloria rechazan la luz natural; sino que cada una recibe de ella más esplendor. Pues si la naturaleza no está obnubilada por los fantasmas (simulacros) de los vicios, cualquiera puede conocer, aún naturalmente, que el cielo, la tierra y todo lo que Dios creó ha sido hecho para su honor y para uso del hombre, a fin de que en todas las cosas y sobre todas las cosas glorifique a Dios y lo sirva. Pero esta alabanza y este servicio, tal es el reino oculto que Dios muestra por la luz natural, y que ignoran los que se alejan de Dios, aunque disfruten de (esta) luz natural. Aun el que es así puede conocer de cierta manera natural, o naturalmente, la disposición o el orden de las facultades del alma y de sus sentidos, tanto internos como externos, así como de todas las criaturas. Y ése es el reino natural de Dios; pues Dios posee a todas las criaturas como su propio dominio. Y es de esta manera como el reino natural de Dios se manifiesta al hombre: este conocimiento puede hacerse fuera de la gracia y de la alabanza de Dios. Pero los que están abrasados por el amor divino no pueden admirar y contemplar las criaturas de Dios sin alabarlo; y es por estas alabanzas en nombre de todas las criaturas por lo que reciben la recompensa.

CAPITULO XL

Del reino de la Escritura.

En tercer lugar, el reino de Dios se nos manifiesta en las Escrituras por los hombres ilustres, a saber, en las doctrinas e instituciones de Cristo Jesús y de sus santos, lo mismo que en los ejemplos que nos han dejado para que los sigamos nosotros como ellos los siguieron, a fin de merecer la misma recompensa. Aquel a quien Dios manifiesta este reino de la Escritura, comprende bien y claramente las escrituras, aunque pueda suceder que no capte todos sus sentidos sutiles, cosa, por lo demás, de ningún modo necesaria. Pero tanto lo que aleja de Dios como lo que acerca a él, lo comprende suficientemente, y por ahí percibe toda la verdad, pues eso es lo que contiene y abarca todos los vicios y virtudes. Reconoce también la voz de los extraños, que bajo el aspecto de pastores, no son más que ladrones y salteadores (Jn. X, 1/5), de cuyo número son los que, en la exposición de las Escrituras, siguen un sentido diferente al de los santos padres, que repugna a su doctrina, y cuya manera de vivir se aparta de su modelo. Todos los que son así se desvían de la virtud y buscan con más atracción los bienes temporales que la salvación de los hombres: con razón hay que contarlos con los extranjeros y no con los Pastores. Pero este reino logrará su perfección por la virtud de Dios y de los hombres justos; es decir, que no se omitirá una jota en las palabras, las obras y todas las virtudes. Nos incumbe, en efecto, cumplir y realizar ese reino de la Escritura, que se extiende por virtud del Espíritu Santo, por medio de Nuestro Señor Jesucristo y de los santos. Pues si es cierto que las Escrituras han de perecer, su fruto debe durar eternamente. Los que son doctos y sutiles pueden, en verdad, explicar clara y luminosamente los escritos divinos, sea porque los tienen en la memoria, sea a causa de la claridad de su inteligencia y de su espíritu, sea también por su habilidad escolástica, aun sin el auxilio de la gracia y de la caridad divina; pero no pueden saborear el fruto suave que allí se esconde sin estar penetrados por el amor divino. Por eso este reino de la Escritura se muestra a los que aman a Dios, a fin de que vivan según esas Escrituras y se hagan aptos para gustar su fruto y su suavidad, no sólo en la vida presente, sino también en la futura. Pues las virtudes, la consolación interior, la esperanza de la vida eterna constituyen ese reino de Dios oculto en las Escrituras, pero que se manifiesta a los amadores de Dios, y no puede ser gustado, pese a la ciencia, la agudeza y la sutilidad, sin la caridad de Dios por los extraños que ignoran y desdeñan las delicias de ese amor.

CAPITULO XLI

Del reino de la gracia y de la gloria.

En cuarto lugar, Dios muestra su reino a los hombres excelentes y a sus amigos en la luz de la gracia o de la gloria; y esto se opera por encima de los sentidos, por encima de la luz natural y por encima de todos los medios que pueden venirnos de la interpretación de las Escrituras, pero no de los que les es contrario. Ahora bien, qué bienes y qué delicias manifiesta Dios a sus amigos en esta luz, la Escritura no puede expresarlos tan evidentemente y nadie puede traducirlos de manera tan perfecta y tan viva como la de que Dios se sirve para arrobar a los que están abrasados por su amor. En efecto, este reino, que se manifiesta a los amadores de Dios, es un fruto que tiene el gusto de todas las virtudes y que hace el alimento de los ángeles, de los espíritus bienaventurados y de los hombres buenos.

Muchos hay que se ejercitan en los actos de las virtudes, pero sin la virtud, es decir, sin la caridad divina; y de ahí que no gusten de ningún modo los frutos de las virtudes. Otros cultivan y ejercen los actos de las virtudes, y están también dotados del amor divino; pero como no están bastante iluminados, no pueden tampoco, por esta razón, gustar los frutos de las virtudes. Pero los que quieren que ese reino se les manifieste y desean saborear sus frutos, deben estar fundados por Dios, en lo más íntimo del reino del alma, en las regiones superiores del espíritu, es decir, en la vida superesencial, inherente, contemplativa y que se derrama en obras. He ahí lo que respecta a la acción y la contemplación.

CAPITULO XLII

Del séxtuple fruto de gracia y de gloria, de los que tres pertenecen a la vida activa y tres a la vida afectiva.

Ocupémonos ahora con el pequeño número de frutos que se manifiestan en la luz de gracia y de gloria. Todas las acciones exteriores, en efecto, y el ejercicio de las virtudes tienen fin, pero sus frutos nos servirán de comida y de bebida durante la eternidad. Seis frutos de gusto sensible se ofrecen a los hombres (de esta excelencia) en la acción, y en cuanto que el espíritu mira hacia abajo, sea en la luz de la gracia, sea en la de la gloria; no todos, empero, los valoran igualmente ni les encuentran el mismo sabor, sea en la gracia, sea en la gloria. El primer fruto, el primer sabor que han de gustar todos los que quieren ser salvos, y que gustan y saborean dichosamente todos los que gozan con Dios de la vida bienaventurada en el cielo, ese primer fruto, digo, es el alma sumisa, obediente y sujeta al supremo poder de Dios. Y esta obediencia sumisa a los preceptos y a las prohibiciones de Dios, como ya se ha dicho, es necesaria a todo el que quiera ser salvo. El segundo fruto es sentirse inclinado con benevolencia hacia todos y ser liberal y bondadoso para con ellos; en los juicios, clemente y propicio; en las adversidades, paciente y misericordioso. El tercer fruto es la obediencia ya indicada, sumisa y humilde, lo mismo que la bondad y la paciente mansedumbre que se experimenta en sí mismo, como haciendo parte de su propia esencia. Y esos son los frutos de la vida activa. El cuarto fruto es el amor elevado y sensible hacia Dios, que se manifiesta en el alma, el cuerpo y todas las potencias del ser; la afección sensible o el deseo que se hace sentir hasta lo más íntimo del alma, deseo de que uno mismo y todas las criaturas (que Dios bondadosísimo ha creado y ordenado para su honor y su gloria) alcancen por fin, plenamente y sin restricciones, en ellas y fuera de ellas, con todas sus facultades, esa misma meta. Y cuando esas criaturas no alcanzan su fin, causan a esa alma un dolor tal que no puede olvidarlo nunca. El quinto fruto del reino eterno es el amor sensible, impaciente, que se mueve y obra sin cesar, bajo los efluvios divinos, y aspira siempre ávidamente a la unión con el ser amado, no puede dejar de realizar los actos de virtud, porque son su nobleza y dignidad. El sexto fruto de este reino es la contemplación luminosa de todos estos frutos, y la consideración de esta forma sensible y experimental. Además, el que es así contempla el reino sensible, no sólo como es ahora, sino como será eternamente, lo mismo que su reino natural, como Dios lo ha creado y adornado, tanto natural como sobrenaturalmente; y también como ha de ser adornado en la gloria. Considera también todos los espíritus bienaventurados de los ángeles y de los hombres, cómo nadan y se sumergen en la alabanza de Dios. Examina asimismo la bondad y la liberalidad de Dios, en cuanto es la causa principal de todas las virtudes, de todos los sentimientos, de todas las experiencias; y la manera en que se derrama con todos sus dones, lo que hace al hombre impaciente de amor, en su deseo ardiente de adquirir la semejanza de Dios y de estar unido a él para el goce eterno. Tales son los frutos de la vida que se llama afectiva.

CAPITULO XLIII

Del reino de la divinidad, por encima de la luz de la gracia y de la gloria, y del triple fruto de la vida contemplativa superesencial.

Finalmente, el quinto reino de Dios, por encima de toda luz creada, se manifiesta a los amadores (de Dios) en virtud de cierta luz divina; y esto, por encima de la razón, en el espíritu sumergido en la unidad superesencial de Dios, donde se da al hombre un triple fruto, a saber: una luz inmensa, un amor incomprensible y el goce divino. El primero de estos frutos, es decir, la claridad inmensa, es causa de toda esa luz que él posee en la contemplación y en la acción; y esta claridad afecta a tal punto la inteligencia que, sumergiéndose esencialmente en ella hace una cosa con ella. El segundo fruto, es decir, el amor incomprensible, se difunde por todo el reino del alma, en cuanto cada una de sus facultades es capaz; y hace que el alma se funda en el amor

simple y esencial. Ahora bien, mientras esta claridad inmensa y este amor incomprensible penetran y fluyen a través del alma, el alma llega ya al goce que es el tercer fruto. Pero este goce es tal y tan inmenso que Dios mismo, todos los santos y todos los bienaventurados, como asimismo todos los hombres sublimes se hallan absorbidos por él y sumergidos en un abismo sin límites, es decir, en el olvido y desasimiento de sí mismos. Pero de esta absorción y olvido de sí mismo provienen las principales delicias. Pues quien quiera que alcance este grado de excelencia gozará de esa participación (universal) común, y poseerá su espíritu, como un rey su reino; a fin de que este mismo espíritu tienda continuamente al ejercicio de todas las virtudes y así tenga en sí la perfecta semejanza de la fecunda unidad de Dios; y se derrame continuamente, según las personas, con todos los dones, para socorrer las necesidades de todas las criaturas. Y según el mismo espíritu, se adherirá esencialmente a Dios, para ser transfigurado en una inagotable e infinita claridad, como las mismas Personas divinas que, absorbidas y sumergidas incesantemente en el abismo de la esencia divina, son inundadas de delicias; pero, sin embargo, conforme a la distinción de las personas, en la misma fecunda naturaleza, se derraman y obran eternamente. Así semejantemente, el hombre llegado a esta (universalidad), a esta participación común, se mantendrá en las regiones superiores de su espíritu, entre la esencia y las facultades, es decir, entre la posesión y la acción, adhiriéndose siempre esencialmente a Dios, en el goce de él por el derramamiento y la absorción; y en el deslumbramiento de la divinidad por la inmersión, deslumbramiento que es la suprema bienaventuranza, tanto de Dios como de todos los espíritus bienaventurados. Y así, por la claridad, será transfigurado en claridad, es decir, de luz creada en luz increada; y esto por su eterno modelo que es la ciencia de Dios Padre, ejemplar de todas las criaturas, en el que viven todas las cosas, espirituales y corporales. Y conforme a este ejemplar son hechas todas las criaturas y reciben la semejanza de Dios. Los hombres de esta excelencia, por su nobleza y su participación en la universalidad, son los más parecidos a Dios, pues que se derraman con todas sus virtudes, como Dios con todos sus dones, y permanecen interiormente en un goce perpetuo, y son uno con Dios, por encima de todos los dones. Los que alcanzan esta nobleza son, de un modo muy alto y excelente, iluminados y (universales). Que la bienaventurada y siempre adorable Trinidad, único Dios, nos conceda la gracia de llegar todos a esa perfección. Amén.